

SUSCRICION

PROVINCIAS.
UN MES. . . . 10 rs.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . . 8 rs.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. . . 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

SUMARIO.

Historia de la semana.—Teatros.—La Estrella del Sud, novela original, por don Alejandro Magariños de Cervantes (continuación).—Antigüedades.—Episodio histórico; Felipe V y el papa Clemente XII.—La aldea de Eden.—Causa célebre histórica.—Mosaico.—Costumbres rusas.—Logogrifo; solución del anterior.

Este número lleva, once grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Interior.—FRANCIA. Desde el regreso del presidente de la república á París, así en este punto como en los departamentos, se disfruta de la mas completa tranquilidad, y si bien los periódicos se han ocupado de la sociedad del Diez de Diciembre, suponiéndola miras imperialistas, todo ha quedado al fin zanjado despues de una sesion que celebró la comision permanente de la Asamblea, á la cual asistió Mr. Baroche, ministro de lo Interior.

Por un decreto publicado el 20 en Cassel quedaba trasladada la residencia del gobierno del electorado á Wilhemstads, alegándose como causa de esta medida la resistencia de las autoridades superiores, á pesar de lo cual sigue disfrutándose de tranquilidad mientras que la dicta de Francfort resuelve la reclamacion del gobierno de Cassel solicitando el apoyo federal, que se cree será concedido, si bien pudiera no ser necesario obrando con prudencia y energia.

La última batalla empeñada entre los dinamarqueses y el ejército de los ducados, ha sido sangrienta, según se vé por la siguiente relacion.

El ejército de los ducados se puso en movimiento el 12, y atacó al enemigo en toda su linea. La batalla fué tan sangrienta como la de Istedt, principalmente en las cercanias de Eckernfoerde, cuya posicion fué tomada dos veces por los combatientes, habiendo quedado por último en poder de los disidentes, que al medio dia establecieron en ella su cuartel general. La ciudad ha padecido mucho. Los buques de guerra daneses anclados en el puerto hicieron fuego constantemente, hasta que habiendo conseguido el ejército de los ducados establecer baterías en la orilla del mar tuvieron que retirarse. El campo de los daneses situado delante de Eckernfoerde, y que estaba bien atrincherado, fué tomado despues de tres asaltos por los de Holstein, que le incendiaron en seguida. Se asegura que la ciudad de Friederichstod ha sido igualmente incendiada. Tambien se apoderaron los disidentes á la bayoneta de los atrincheramientos que los daneses tenían delante del pueblo de Dinamarca. La carnicería fué espantosa. De resultados de estos ataques, ejecutados con gran valentía, se asegura que el ejército dinamarqués ha tenido que retirarse de todos los puntos de la linea que ocupaba. Sin embargo, deseando no faltar á la verdad, debe advertirse que estas noticias habian sido trasmitidas por los boletines del ejército de los ducados, y que convendrá esperar que los daneses hayan publicado los suyos para saber por quién ha quedado el triunfo.

Posteriormente, á cosa de las dos de la tarde, se recibió la noticia de que se ha trabado de nuevo con mayor furor si cabe que ayer, la batalla desde el amanecer, y por parte telegráfico fechado en Hamburgo el 13 por la tarde, se supo que el general Willisen se habia dirigido sobre Missunda con objeto de forzar el paso del rio Schlay en el llano de Cassel; pero fué rechazado por los daneses, teniendo que retirarse detras de Eckernfoerde á las mismas posiciones que ocupaba ayer.

Así describen los periódicos alemanes esta batalla, que según las noticias mas recientes no ha producido resultado alguno, pues que ambos ejércitos han vuelto á ocupar las posiciones que tenían antes, anulando así

completamente el triunfo que el ejército de los ducados obtuviera. Espérase, sin embargo, que tenga pronto término esta contienda, ya porque el ejército de los ducados no ha recibido los auxilios que esperaba de los diferentes estados de Alemania que le habian ofrecido hombres y dinero, y ya tambien porque en este estado necesitarán imponer al pais sacrificios tan superiores á sus fuerzas que no podrá soportarlos dando lugar á que cunda el desaliento y se deshaga ese ejército formado y sostenido á costa de tantos sacrificios anteriores.

Con motivo, según parece, de haber enviado el gobierno piomontés una comision civil que examinase los rendimientos del diezmo, fundaciones y demas bienes del clero, han ocurrido en Cagliari, isla de Cerdeña, escenas lamentables en que la tropa tuvo necesidad de hacer uso de las armas, resultando algunas



El general Willisen.

desgracias. El arzobispo se negó á permitir á la comision el acceso á las oficinas del arzobispado, y empleando esta la fuerza lanzó el prelado un decreto de escamunion mayor, despues de lo cual fué arrestado por la autoridad civil, estallando así el alboroto. Reinaba tambien gran inquietud en toda la isla de Cerdeña.

Las noticias de Alemania carecen de interés, si bien sigue hablándose de las probabilidades de próxima avenencia entre el Austria y la Prusia.

TEATROS.

Despues de un silencio de dos meses, se han vuelto á abrir sucesivamente los teatros de Madrid, si bien no todos con igual fortuna. Al presente contamos sobre cinco espectáculos públicos, sin enumerar el Circo ecuestre de Mr. Tourniaire, el Hipódromo y otros de distinto carácter; de manera que, al menos por lo que dan de sí las apariencias, no faltarán diversiones en este invierno. Añadamos á los espresados el teatro Real, con sus famosas bailarinas y sus partes cantantes de primer orden; y no se creará que exageramos al afirmar que Madrid presentará en breve un cuadro digno de equipararse en este punto al de las primeras capitales de Europa. Solo sentimos una cosa, á saber: que, así como han de abundar las diversiones públicas, no acontezca lo propio con los medios indispensables para que todos acudan á solazar el espíritu, harto abrumado con las calamidades diarias. Sin em-

bargo, siguiendo aquel principio de economía política, que sienta como base del aumento de riqueza el de las contribuciones, nosotros sentamos como base del aumento de personas felices el de las diversiones públicas; y por lo tanto damos nuestra enhorabuena al pueblo de Madrid, que va á crecer en dicha con un movimiento desigualmente acelerado.

La primera novedad que vino á ocupar los ánimos de los madrileños fué la noticia de que habian llegado á la córte los célebres cantores Moriani y Ronconi, llamados por el señor Salamañca; que se aguardaba de un día á otro á la famosa Paulina García Viardot y una jóven rusa; que se representarian sucesivamente en el teatro del Circo las óperas *Lucrecia Borgia*, *Lucia di Lammermoor*; *Maria di Rohan*, *Nabuco* etc.; que los precios serian baratísimos.... Mucho se habló de esto en los cafés, en los salones, en los paseos, y qué ha resultado de tanta charla, de tantas promesas, de tantas esperanzas? Que si es cierto que Moriani y Ronconi llegaron á Madrid, y que se han representado las óperas de *Lucrecia* y *Maria di Rohan*, aun estamos aguardando á la jóven rusa, y sobre todo, á la baratura de los precios; porque, ademas de lo subido de estos, lo que hemos visto hasta ahora es un escandaloso tráfico de billetes hecho á las puertas del teatro la noche de cada representación.

Hablar de Moriani y Ronconi al público de Madrid es ocioso; todos reconocen su gran mérito; todos los han aplaudido en época no muy lejana. Celebrar al primero en la *romanza* del tercer acto de *Lucrecia*, canto angelical de admirables *crecendos*, y al segundo en el popular *terzetto*, combinacion musical de venganza, terror y ternura, sería inútil; nadie ignora lo que valen ambos artistas en estas y otras partes de la misma ópera. Hablemos, pues, solo de la Catinari: tiene esta cantatriz una figura simpática; su voz es estensa; pero de poco volúmen, por lo que se ve obligada á violentarla. Creemos que la vibra demasiado en las situaciones tranquilas. Otros quizá no opinarán así porque las *vibraciones* están en moda; pero tenemos la desgracia de no estar por esa moda que, en nuestro sentir, es de mal efecto, cuando se exagera. ¿Ha gustado, se nos preguntará, la Catinari? Nosotros responderemos: *cósi, cósi*.

Por lo que respecta á la orquesta, coros y *partichinos*, antes que nosotros han recibido su anatema lanzado por la prensa periódica. Dejémoslos, pues, descansar sobre sus laureles.

Estrenóse el teatro Español con la *Villana de Vallecas*, de Tirso, cuyo principal papel representó doña Teodora Lamadrid con una perfeccion admirable. Era la naturalidad misma. En seguida se dió el *Luis Onceno* de Casimir Delavigne, tan mal traducido por el señor Gorostiza. El señor Valero estuvo, como siempre, verdaderamente académico en el papel de aquel extraordinario personaje. Los menores pasos, los mas insignificantes movimientos revelaban un estudio profundo. Desde que aparece en el segundo acto, hasta que espira en el cuarto, es una perfeccion continuada. Parece como si Luis Onceno hubiese resucitado: le vemos andar, moverse, vivir. El señor Calvo representó con ladignidad y el aplomo que le caracterizan; hacia un excelente San Francisco. Despues se han dado en el mismo teatro las comedias *A un cobarde otro mayor*, *El abuelito*, *La novia impaciente*, *El gato*, *Un tercero en discordia*, que han ofrecido al público una buena dosis de solaz, debida al esmero de su ejecucion. Se prometen novedades: iremos viendo las que ocurran, y á su tiempo, entretendremos con ellas á nuestros lectores.

El nuevo y lindísimo teatro de Variedades se estrenó con una comedia titulada *El remedio del fastidio*, que la prensa periódica ha dado en llamar *El fastidio sin remedio*. No seremos nosotros los que nos metamos á enmendar la plana á la Prensa. Se volvió á poner en escena la comedia *Trampas inocentes*, en que los hermanos Catalina desempeñan tan bien sus respectivos papeles. Presentóse por primera vez la señora Rizo y tuvo la suerte de agradar, no obstante los recuerdos de la señora Samaniego, frescos todavía en la memoria del público. A continuacion de la comedia se representó la zarzuela *Tramoya*, triunfo

del señor Salas. La señorita Isturiz, alumna del Conservatorio, si bien aun con poca experiencia de las tablas, promete mucho. Hasta ahora este teatro ha sido el mas favorecido del público. En las muchas repeticiones de las *Trampas inocentes* ha estado siempre lleno. Es verdad que tanto la orquesta, como las decoraciones, cuerpo de baile, actores y elegante local, forman un conjunto que agrada y atrae. Traslado á los demas coliseos.

El Instituto, ó sea teatro de la Comedia, carece de algunos de estos elementos exteriores; pero posee al señor Arjona, y esto vale por mucho. También posee á la señora Samaniego, simpática actriz, de linda figura y de muy linda voz. Conserva al inimitable macareno Dardalla, y á todo el cuadro andaluz que trabajó en él durante la anterior temporada. En el *Mulato*, comedia-drama, de Dumas, que ha sido la novedad de la semana, el señor Arjona es un modelo.

Nos queda por mencionar el teatro de los *Basilius*, ó llamémosle del Drama. Desgraciado ha estado en su apertura. El drama *La guerra de las mugeres*, es largo, pesado, sin interes. No agrada á nuestro público dramas en diez actos, pues verdaderos actos son esos que se ha dado en bautizar con el nombre de cuadros, si se atiende á que separa á los unos lo mismo que á los otros una bajada de telon. La circunstancia de tener que salir la señora Llorens vestida de hombre, provocando la risa de los espectadores, transformó en escenas cómicas algunas bastante serias; lo propio sucedió con el que hacia de barba, cuya voz nasal, vulgarmente *gangosa*, excitó la hilaridad prolongada del público. Notamos poco ensayo; el apuntador se oía demasiado. La orquesta nos pareció superlativamente mala. Los señores Calañazor y Aya gustaron. Pero lo que no gustó á nadie, fué el inolvidable recuerdo que de la apertura del teatro de la calle de Valverde trageron á sus casas los espectadores, conservando en sus vestidos fresca pintura de los diez cuadros que tan fatigosos habian sido para ellos.

J. P. S.

ADVERTENCIA.

El sistema que llevamos en todas nuestras publicaciones, de no dejar ninguna obra pendiente al concluir el año en que termina el tomo, nos obliga á dar doble cantidad de novela, desatando acabarla, en los cuatro números que faltan. Creemos que la obra del señor Magariños ofrece bastante interés para que nuestros lectores nos disimulen, si una vez empezada, y por no dejarla pendiente para el tomo inmediato, le concedemos el lugar que acostumbramos llenar con otros materiales.

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO SEGUNDO.

CAPITULO VIII.

Yuca.

Dije en el capítulo segundo que el lector simpatizaría con Yuca apenas le conociese, y voy ahora á hacer su biografía, para poder entrar de lleno en el examen de los sucesos que van á tener lugar, á consecuencia de los hechos esbozados y dilucidados en los capítulos anteriores (1).

Es Yuca un arrogante y hermoso negro en toda la estension de la palabra, de estatura atlética y fuerzas hercúleas; ancha la frente y despejada la fisonomía; los ojos grandes y expresivos, mas bien redondos que rasgados; apacible la mirada estando sereno, y cuando irritado, brotando fuego con una espresion tal de orgullo y audacia que avasalla á cualquiera. Resaltan en la tersa negrura de su cutis, al través de sus gruesos y rojizos labios, la doble hilera de sus dientes blancos como la leche. Es hermoso con la belleza propia de su raza, y aunque nacido en América, hubieranle elegido por rey sus iguales á encontrarse en medio de ellos, allá en las frescas riberas del Africa (2).

Las cualidades morales de Yuca corresponden á las físicas. Valiente, audaz, honrado, fiel, astuto, laborioso, nadie le gana en arrojo, ni en ingenio y desprendimiento cuando llega el caso.

(1) El verso y la prosa. (22)
(2) Observacion importante. (23)

Aunque muy estúpidos y propensos al vicio, en particular al de la embriaguez, los negros generalmente son de buena índole, tratándolos bien, y el que sale inteligente y cobra amor á sus amos, es fiel hasta la muerte y de una adhesión tal, que llegando el caso sacrifica sin vacilar su vida por la de ellos.

En la guerra de la independencia se ha visto mas de una vez en las posesiones rurales, cuando los patriotas iban á prender á un español, ó los realistas á un americano querido de sus negros, defender estos la entrada con palos y machetes, y morir todos allí para dar tiempo á que sus señores se pusieran en salvo.

Yuca queria á don Juan como un padre, y don Juan le amaba como á un hijo. Lo que no es extraño habiendo hecho con él las veces de tal.

El lector recordará aquellos dos negros, que después de haber obtenido su carta de libertad, la rompieron, protestando que querian vivir y morir esclavos del generoso castellano.

Recordará tambien que uno de ellos era el padre de Yuca; el cual, al morir, le rogó que nunca se separase de su amo, y su hijo se lo prometió sin repugnancia, porque apreciaba y queria demasiado á su señor para desear el salir de su dominio. Se habia criado á su lado desde la edad de doce años, y como era inteligente y mañoso y tenia mucha afición al oficio de cochero, don Juan se lo hizo aprender, cediendo á sus ruegos y puso bajo su inmediata jurisdicción sus caballos y carruajes. Pero como desde pequeño le preparaba el mate (1) y nadie se lo hacia (2) tan bien, continuó siempre desempeñando el cargo de Ganímedes ó copero (3) no obstante sus nuevas funciones.

Con este motivo habíale cobrado don Juan un afecto particular, y le distinguía sobre todos los demas esclavos.

A pesar de estar severamente prohibido el enseñar á leer y escribir á las gentes de color, el hidalgo infringió la ley en obsequio de él. Causábale compasion ver su viveza, natural despejo é inteligencia obtundidas por la ignorancia, y mandó á uno de sus dependientes que le diese lecciones en secreto; y él mismo cuando sus ocupaciones se lo permitian, le servia de pedagogo, y se pasaba las horas entretenido en ver los rápidos progresos que hacia.

Así se estableció entre el amo y el criado una de esas afectos que no se apagan sino en tumba. Don Juan privado de familia y de parientes, ponía su cariño en Yuca, quien á su vez dotado por la naturaleza de un corazon simpático y tierno, sin tener en quien depositar su afecto, satisfaciendo la invencible necesidad que sentia de amor á alguien, agradecido á las muestras de aprecio que le daba diariamente su señor, retribuiale con creces su ternura. Si el hidalgo estaba triste, la frente del negro reflejaba su pesar, á manera de un vidrio convexo que atrae y vibra con mas fuerza, convirtiéndolos en imperceptible llama los rayos del sol: si risueño, leíase en su semblante la satisfacción y la alegría. Serelar no tenia secretos para él: á cualquier parte donde iba le llevaba; y el negro no se separaba de su lado; al menor asomo de peligro, velaba mientras él dormía, preparaba sus armas y se apostaba en el parage mas á propósito para defenderle y dominar la localidad en que se encontraban.

Dos veces le salvó la vida con riesgo de la suya, y estos dos episodios, mejor que un centenar de páginas, darán á conocer el temple de su alma y la clase de afecto que profesaba á su amo.

La vez primera iba don Juan en marcha de Buenos Aires para Córdoba, con el objeto de negociar una gran cantidad de cueros, para hacer un cargamento á que se habia comprometido, creyendo encontrarlos á su llegada en aquella plaza, segun habia escrito. Circunstancias imprevistas impidieron que su corresponsal cumpliera su palabra, pero él que no era hombre que cedia ante las dificultades, en vez de perder el tiempo en lamentarse, se informó del punto en que los habia en mayor abundancia y á mejor precio, y salió al otro día para Córdoba, acompañado de Yuca y de veinte peones mas, perfectamente armados.

Entonces y ahora, queridos lectores, si no se podía viajar por el interior de aquellos bienaventurados países, sin una regular escolta que impusiera respeto á las partidas sueltas de *gauchos malos*, especie de beduinos sin Dios ni ley, que armados de su puñal, sus *bolás* y lazo (4), os toman la filiación con el primero cortándoos el garguero, os abren el cráneo con las segundas y con el tercero os arrancan del caballo cogidos por el pescuezo, arrastrándoos á galope hasta estrangularos. (Podéis escoger cualquiera de los tres métodos, que los tres son buenos; y si queréis salir de dudas sobre cuales mejor, hacer una *petite promenade* al rio de la Plata, y después de arreglar vuestros asuntos, testar y confesaros, internaos en la pampa sin mas compañero que vuestro caballo regularmente enjaezado, y hablaremos cuando nos volvamos á ver..... en el valle de Josafat).

Al segundo día de marcha, supieron en la estancia (5) donde descansaron y mudaron caballos, que

(1) Posesion rural aislada en medio del campo.

(2) Veid la nota de la página 280 del tomo primero.

(3) *Cebaba* es el término americano.(4) *Mucamo* debería decir.(5) *Gaucha*, habitante del campo, lazo, cuerda de piel de vaca trenzada, con una argolla en un extremo. *Bolás*: arma de los indios, adoptada por la gente de la compañía se compone de tres esferas de piedra ó hierro sujetas á un centro comun con cordeles, y se arrojan haciéndolas girar por encima de la cabeza.

andaba por allí una partida bastante numerosa de los citados caballeros de industria, y el que les dió la noticia, les aconsejó que no pasasen adelante y esperasen un par de días, tiempo suficiente para que ellos se alejasen habiendo perpetrado sus robos.

Don Juan, que estaba acostumbrado á desafiar los peligros, se sonrió, y por toda respuesta volvióse á los suyos y les dijo:

—Muchachos, el que no quiera seguir, puede que darse: cuanto menos bullo mas claridad.

Los peones permanecieron silenciosos; á excepcion de tres ó cuatro, todos resueltos á huir apenas avistasen á los malhechores.

A poco de haber salido de la estancia llegaron una pequeña sierra que corria de Norte á Sur, regada por un brazo de un gran rio, cuyo nombre no recuerdo. Triste y sombrío era aquel lugar, y disfrutaba en la comarca una fama nada envidiable por cierto. Los peones se internaron en él llenos de cobardes aprensiones, mirando á todas partes y volviendo atrás la cabeza, signo infalible de que pensaban ser prudentes y retroceder (retirarse no es huir), al menor síntoma que les anunciase la aproximacion de los bandidos.

Estaban en la mitad de la sierra, cuando uno de ellos gritó: allí están, ¡mirados! son mas de cuarenta.... y volvió grupas, mas rápido que un dador de atisbar á una regular distancia á su acreedor; otro le imitó, y al instante el terror se hizo general. Todos huyeron cobardemente sin reparar que no eran mas que cuatro hombres, á los que el muy gallina habia añadido un cerro, deslumbrado por el miedo.

Don Juan volvió la cabeza y solo encontró á su lado á Yuca.

Creyó de buena fé que los bandidos estarían ocultos y que aquellos cuatro serian los batidores; y por recibiéndole una temeraria esperanzas, cerró espuelas á su caballo, gritando á los suyos que se detuviesen.

Los *gauchos* que vieron la vergonzosa fuga de los peones, que corrían azorados en opuestas direcciones bajaron audazmente de la *cuchilla* (1) á escape, en derezando el rumbo hácia don Juan, cuyo herraje de plata escitaba su codicia.

Al ruido de los caballos que venian detrás, los dispersos castigaban y espolocaban mas á los suyos antojándoseles enemigos hasta los arbustos.

Pronto dos de los bandidos, que montaban excelentes corceles, tuvieron á tiro de bola á don Juan y con un ¡Ya te... párate, murrangol...! (2) anunciaron su aproximacion,

Arrojándole las bolás

Que como el lazo en las reses,
En los pies de su caballo
Se enredaron fuertemente,
Al instante encadenado
El *parejero* no puede,
Ni obedecer á la espuela
Ni romper sus grillos fuertes;
En inútiles esfuerzos,
Se agita, pugna, pretende
Sacudir sus ligaduras,
Pero vacilando pierde
El equilibrio, y al punto,
Da en tierra con el ginete,
Como formidable mole
Que de un monte se desprende.

Cayó don Juan, y al caer perdió el sentido.

Yuca echó velozmente mano á sus pistolas, y le preparó debajo del *poncho* (3).

—Ríndete, perro negro, gritó uno de aquellos de salmados amenazándole con el puñal, mientras el otro se desmontaba para despojar á don Juan.

El esclavo le contestó cerrándole un pistolero á boca de jarro que le dejó en el sitio, y cuando otro que estaba hincado sacándole el reloj á su amo volvió la cabeza, antes que tuviese tiempo para levantarse, otro certero balazo le derribó revolcándose en su sangre.

En seguida echó pie á tierra, se envolvió el *poncho* en el brazo izquierdo y esgrimió el machete, tan alibido como una navaja de afeitar.

Temía que los otros dos mas diestros le inutilizasen el caballo ó le cortasen las riendas.

Aquellos facinerosos, ciegos de rabia por la muerte de sus compañeros, acometieron á Yuca blandiendo sus formidables bolás; pero el negro esquivó el golpe del primero y hundió su cuchillo en el pecho del caballo, que vaciló un momento y cayó luego, arrojando la sangre á borbotones por la herida, las ventanillas de la nariz y la boca. El ginete pudo apearse antes que cayera, y el segundo, temiendo lo mismo, hizo otro tanto.

Entonces se trabó un desesperado combate á arma blanca, entre aquellos tres hombres á cual mas valiente. Combate que merecer puesto en verso (poco que ya los tengo escritos; y esto me ahorra trabajo, en mismo tiempo que me luzco):

No alcanza mi escaso número
A describir como es dado
Esta escena pavorosa,

(1) Pequeñas montañas y circumbalaciones del terreno, que corren todas en una misma direccion.

(2) Los estribos, el freno, cabezadas, pretal, etc.

(3) Poco ginete, torpe, bruto.

(4) Especie de capa cerrada que se usa por la cabeza.

Digna de un pincel preclaro;
 Pero si el genio me diese
 Su llama y sublimes rasgos,
 Yo haría que hablase el lienzo
 O que se animase el mármol;
 Porque ¿cómo pueden febles
 Sonidos articulados
 Pintar aquellas miradas
 Que se buscan chispeando,
 Y siguen en raudos giros
 Los movimientos y mano
 Del enemigo terrible,
 Que toma el pecho por blanco?
 ¿Cómo pintar la espresion,
 Que anima su rostro pálido,
 Cuando la sangre enrojece
 El puñal filoso y ancho.
 Que brilla cual meteoro
 Sobre el pecho del contrario?
 ¿La rapidez y maestría
 De sus movimientos varios,
 Hechos con el cuerpo todo
 En un juego simultáneo?
 ¿El ánsia, el dolor, la ira,
 La agonía y el espanto
 Del que se siente sin fuerzas
 Desangrándose por grados?
 Mientras que los tres ansiosos,
 Medio entreabiertos los labios,
 La respiracion penosa,
 Los ojos desecados,
 En desórden el cabello,
 El cuerpo medio inclinado
 Veloz como el pensamiento
 Girando en redor el brazo
 Tres espíritus parecen
 Por el señor condenados
 Que en los secretos misterios
 De sus juicios soberanos
 Ha permitido que huyan
 De los reinos del espanto
 Para que vengan al mundo
 A mostrar á los humanos
 Hasta donde arrastra el odio
 Si sus leyes olvidamos,
 Y en cada hombre no vemos
 Como él nos manda un hermano.

Cerca de una hora estuvieron entretenidos de este modo, cada uno hecho un *Ecce Homo*, hasta que Yuca cayó la suerte de bajarle un hombro á uno y ponerle fuera de combate, y el otro debilitado por la pérdida de la sangre y fatigado, cediendo á los ruegos de su compañero que le decía:—Vámonos que ese no es hombre, sino el demonio en figura de negro, resolvíase no sin trabajo á alejarse, jurándole que en cualquier parte que le encontrase, en poblado ó despoblado, había de matarle.

Vacia en tanto don Juan desmayado y tendido en el suelo, el caballo permanecía maniatado por fortuna, pues á verse libre, hubiera huido á su querencia como el de Yuca, y ellos habrían sido víctimas de los alevos ganchos que probablemente habrían ido á buscar á otros de su calaña. Apresuróse el valeroso negro á salvar á su señor; corrió al riachuelo, llenó su cubretero, y se lo arrojó de golpe en la cara, despues de haber bebido algunas gotas porque la sed le devoraba, efecto de la mucha sangre que había perdido. Al segundo riego abrió don Juan los ojos, y encontrándose debajo del rocín que le oprimía una pierna, y viendo dos cadáveres allí cerca y á Yuca todo ensangrentado, adivinó el resto. Cortó este con su machete los cordeles de las bolas, y caballo y caballero se levantaron. Montó el hidalgo, subió el esclavo en aucas, y siempre á escape, llegaron á la estancia con toda felicidad antes de media hora.

Al ver en salvo á don Juan, la febril energía moral que había sostenido á su intrépido salvador haciéndole insensible á la debilidad y padecimientos, le abandonó. Al descender del caballo cayó en tierra como un tronco; faltábale la sangre: todos creyeron que estaba muerto.

Don Juan desesperado, envió á un villorrio cercano por un famoso curandero que hacía en aquel distrito las veces de boticario, cirujano, médico y comadron, prometiendo una gran recompensa al que lo iba á buscar y á él, si llegaban á tiempo.

No quiso Dios que la buena accion de Yuca quedase sin galardón; salvóse milagrosamente y tuvo el dulce consuelo de ver los cuidados que le prodigaba su amo y el mucho cariño que le tenía. Para los corazones amantes nada mas grato que convencerse del verdadero aprecio de los que aman y adquirir la certeza de que se les retribuye su afecto con otro igual.

Los viles peones se fueron presentando sucesivamente en la estancia, contando mientras para disfrazar su cobardía, como les sucede á todos los que huyen antes de empezarse una batalla, y van derramando la consternacion y el espanto mientras sus compañeros se cubren de gloria.

El castellano sin querer oírlos les ordenó que se marchasen al punto, que no los necesitaba, y que aprendiesen á ganar mejor el dinero, pues su obligación era haber muerto á su lado, ya que se habían comprometido á no abandonarle y á participar con él los riesgos y peligros del viaje.

No se crea por esto que desistió de su intento; en

cuanto Yuca estuvo fuera de peligro volvió á ponerse en marcha, acompañado solo de diez hombres, pero todos decididos y valientes: llegó á Córdoba, compró los cien mil cueros que necesitaba, y regresó á Buenos Aires con su libertador, que se había entretanto restablecido de sus peligrosas heridas.

Lo primero que hizo al llegar á aquel punto, fué extenderle la carta de libertad, y dársela con una orden para que le entregasen diez mil pesos.

—Con esto, le dijo, podrás trabajar y hacerte rico, mi proteccion no te faltará nunca, y acude á mi siempre que necesites algo.

—Mi amo, contestó Yuca pesaroso, ¿es recompensa ó castigo lo que vd. me ofrece?

Y rasgó la carta y la letra con un gesto de desprecio.

—¿Qué haces?... preguntó don Juan sorprendido.

—Responder á vuestra generosidad con otra igual, seguir los impulsos de mi corazon, obedecer á la última voluntad de mi padre moribundo.

—Mucho te lo agradezco... pero eso no se opondrá que seas libre.

—¿Se opondrá?

—¿Por qué?

—Porque para mí, respondió el fiel negro inclinándose respetuosamente, sería la mayor desgracia salir de vuestro lado, y verme en disposicion de abusar tal vez de mi libertad. Por otra parte, hasta ahora se me ha ocurrido que podria pasarlo mejor siendo libre: nada me falta, nada ambiciono y... ¡soy feliz!

—No te arrepentirás de tu noble proceder, exclamó don Juan enternecido abriéndole los brazos, de hoy en adelante serás mi amigo y no mi criado.

Yuca no obstante, se empeñó en seguir bajo el mismo pic, y no hubo forma de hacerle mudar de propósito, y su amo por no desazonarle no insistió.

Dos años despues del acontecimiento que acabo de referir, tuvo lugar el segundo, tan peligroso como el primero, aunque mas feliz.

Viajaba don Juan por el interior de Venezuela; cerca del *Oricono* y de un dilatado monte, hicieron alto una tarde. Los indios que iban con él fueron á buscar leña para preparar la comida, Yuca desensilló los caballos, y su amo, postrado por el ardor del sol y las insupportables picaduras de los mosquitos *zancudos*, se acostó á la sombra de un corpulento *guayacan*, sirviéndole de lecho las gergas y caronas (1), y de almohadas el testero y los cojines del *recado* (2), tapóse bien la cabeza con el poncho, y á poco quedóse profundamente dormido.

A corta distancia Yuca, sentado en tierra apoyando la cabeza sobre los brazos, cruzados encima de las rodillas,

Con la hacha del poncho cubierta la faz (3)

asomaba cada cinco minutos el rostro, paseaba sus miradas en rededor, y no encontrando nada que le sobresaltase, tranquilo volvía á la misma posicion.

Estaba con recelo porque los indios empezaban á tardar, y era que se habían internado en el monte persiguiendo á un *mapurito*; alimaña preciosa por su piel y sus cualidades (4).

Empezaba Yuca á impacientarse, cuando notó que los caballos husmeaban la tierra y erguian las orejas con un bufido acompañado de un temblor nervioso que nada bueno auguraba. Volvió la cabeza apresurado, y vió á cuarenta pasos una enorme pantera, que se acercaba dando saltos, con la lengua de fuera, mostrando al través de la doble hilera de sus afilados dientes, sus fauces secas y enrojicadas por el hambre.

Por ligero que quiso andar el negro, no tuvo tiempo mas que para sacarse el poncho, porque la fiera se le vino encima antes que cogiera el machete ó pudiera amartillar las pistolas.

La pantera acercóse batiéndose los jibares con la cola, y dió un espantoso rugido que despertó al hidalgo, el cual se incorporó azorado y sin gota de sangre en las venas. Clavó aquella sus ojos centelleantes en él, y como estaba mas cerca, se avalanzó para despedazarle.

Pero al mismo tiempo Yuca le dió un fuerte grito golpeándole la cara con el poncho.

El animal furioso dejó á don Juan y atropelló al negro.

Evitó este el amago y se guareció tras el árbol.

La fiera engañada, clavó sus uñas y se abrazó con el tronco del *guayacan*.

Yuca, con la velocidad y arrojo que presta el peligro, cogió rápidamente por las dos patas con sus hercúleos brazos, y apoyando las rodillas en el tronco del árbol, la sujetó el tiempo necesario para que su amo le cerrajase dos tiros en la cabeza y la ultimase con el machete (5).

Al ruido de los pistoletazos acudieron presurosos los indios, y no fué poca su sorpresa al encontrarse con la pantera muerta, y al intrépido negro herido, aunque no de gravedad, en el pecho, piernas y manos, obligado á buscar un punto de apo-

(1) Especies de mantiles de cuero que se ponen debajo del *recado*.

(2) Montura del país que tiene muy distinta forma de la silla inglesa.

(3) Rivera Indarte. Caa-Guazú.

(4) E Mapurito (24).

(5) Existe en el real museo de pinturas de Rio-Janeiro un hermoso cuadro que me ha suministrado la idea de este episodio, representando una escena semejante acaecida á dos leñadores en los bosques del Brasil.

yo en el tronco del *guayacan*, en los sacudimientos que daba aquella, estirando las garras sin poder desasirse de los robustos brazos, que la tenían como atada al árbol.

Hizo don Juan que le sacasen la piel y la conservó como un trofeo, colgándola en su despacho cuando llegó á Lima.

Estos dos sucesos estrecharon mas y mas los vínculos, ya tan fuertes, que le unian á su esclavo. Desde entonces se persuadió, por una de esas preocupaciones que no se pueden explicar, y que sin embargo, son á veces invencibles, se figuró que mientras Yuca le acompañase, se salvaría de cualquier peligro por eminente que fuera, ó morirían juntos; y se alegró que no quisiese aceptar la libertad, por mas que en varias ocasiones, él hubiera vuelto á ofrecérsela con empeño. El propósito de Yuca era inquebrantable:—Si vd. me echa de su casa, me irá, contestaba á las afectuosas insinuaciones de don Juan, si no, á su lado he de vivir y he de morir. Diez y ocho años mi padre fué vuestro esclavo, y ni un solo día le oí quejarse de su suerte. Esto solo bastaba para que yo siguiese su ejemplo, si ademas no mediases otras circunstancias que hacen mi resolucion invariable.

Cuando don Juan se casó, se entristeció el buen negro, creyendo que se iba á entibiar su afecto, porque no le agradaría tal vez á su señora la franqueza con que le trataba; pero no sucedió así; Emirene le tomó cariño apenas supo que había salvado la vida á su esposo dos veces, y siempre que se presentaba ocasion que le daba alguna prueba de aprecio que llenaba de gratitud y orgullo al infeliz.

Tal es el personaje á quien el hidalgo dió la arriesgada comision de observarla, cuando él estuviese fuera en los tres dias que precedieron al de su cumpleaños: encargo inútil, porque Emirene no vió al marqués en ese intervalo.

Á él fué al primero á quien descubrió el fatal secreto y confió sus planes de venganza; él era el principal ejecutor de ellos, y de su habilidad y astucia dependia el buen éxito: faltaba para no dar el golpe en vago, saber á punto fijo la casa donde debía ser la cita. Veremos mas adelante los medios que empleó para averiguarlo, y cuan grandes fueron los servicios que prestó á su amo, en medio de las estrañas complicaciones que produjo el tardío arrepentimiento de Emirene á última hora.

Allá veremos, señores y señoras, allá veremos. Nunca es bueno prevenir el ánimo del lector y ofrecerle grandes cosas, porque se llega á formar una idea muy aventajada, que difícilmente se satisface luego (1).

CAPITULO IX.

El cumpleaños.

—No sé como decirlo.... pero.... es el caso.... lector de mis estrañas.... que.... todos los cronistas, romanceros, historiadores y escritores que he consultado.... están contestes.... *nemine discrepante*, en que.... la mañana del cumpleaños de don Juan.... antes de levantarse.... hablaba él tiernísimamente con su adorada mitad.... tan tiernamente, que la conversacion se interrumpió algunos minutos sin que la entrevista fuese menos interesante, y....

Sonriéndose echó mano Emirene á un elegante *deshabillé*, colocado sobre una silla inmediata, se lo puso, y ligera como una corza, saltó de la cama con el estuche de las joyas, que al despertarse, á una insinuacion de su esposo, había encontrado debajo de las almohadas.

Esta agradable sorpresa fué la que me obligó á cortar la frase con una y, conjuncion copulativa que, como nadie ignora, sirve para ligar y unir entre sí las partes de la oracion, segun el diccionario de la real Academia.

—Ahora reparo,—exclamó Emirene examinando una á una las alhajas que no había tenido tiempo de ver,—ahora reparo que falta el anillo....

—Si; contestó don Juan con afectada indiferencia,—he tenido el capricho de mandar grabar en él tu nombre y el mio, y la fecha de este dia. Como recién anoche pude disponer de la cantidad necesaria para comprar el aderezo, y queria hoy sorprenderte agradablemente, esperé hasta las diez, y no habiendo concluido el platero la mencionada inscripcion, se lo dejé.... mañana lo tendrás: si quieres, ahora mismo mandaré á ver si está....

—¿Temes que se me olvide tan fausto dia?—preguntó Emirene con cierta risita tan encantadora como burlona.

—Tal vez; respondióle su marido con intencion y remedándola.

—¡Ingrato! añadió ella, arrojando el estuche sobre la cómoda, dirigiéndose otra vez á la cama, y tomándose suavemente la cara con las dos manos, como si quisiera obligarle á que fijara sus ojos en los suyos: ¡ingrato!.... ¡mirame!.... no te rias.... no vuelvas la vista.... dime.... crees que no agradezco como debo esta nueva prueba de tu generosidad y cariño, crees....

—Y quien te dice lo contrario, muger, repuso don Juan interrumpiéndola y tratando en vano de poner mal gesto para que no volviese á darle las gracias y á enternecerle con las viras espresiones de su gratitud.

(1) Principio y fin.—La amistad á la moda (25).

—Oye, replicó Emirene, sin poder contener dos lágrimas que mal de su grado cayeron sobre el rostro de don Juan;—oye: sé cuanto lo desagrada que me manifieste agradecida á tus bondades y las mire siempre como lo que realmente son, como un favor, como un beneficio mas de los muchos que ya te debo, te disgusta el que te recuerde que yo infeliz, sin mas dote que mi escasa hermandad, dispongo de tus bienes como si fueran míos....

—Como lo son,—esclamó don Juan incorporándose velozmente en el lecho—porque eres mi mujer, porque te adoro, porque es mi voluntad, porque en esta casa empezando por mí, todos son tus esclavos, todo te pertenece; porque si yo no tuviese dinero me vendería, si hubiese quien me comprase, para satisfacer un capricho tuyo.

Antes del último periodo, Emirene le habia abrazado llorando de ternura, y él tan conmovido como ella la estrechaba amorosamente contra su pecho con una mano, mientras con la otra la enjugaba el rostro inundado en lágrimas.

Hubo un momento de silencio en que sus dos corazones vibrando acordes, se hablaban en el misterioso lenguaje del sentimiento, y por una especie de adivinación y magnética simpatía, se encontraban poseídos de los mismos deseos, de los mismos temores y esperanzas.

El recuerdo del marqués, como la aguda punta de un puñal que les rasgase las entrañas, resbalaba por la frente de los dos esposos empujando la íntima satisfacción que sentían, al encontrarse todavía dignos el uno del otro, y al considerar que dentro de breves horas, acaso la fatalidad levantaría una barrera entre los dos, y rompería para siempre los lazos que los unían.

—Dios eterno! se decía don Juan, si por una casualidad, si por algun incidente imprevisto se frustra mi plan, ya por variar ellos de resolución, ya porque desconfíen de mí, y mudan el día, la hora y el parage de la cita, ya por cualquier otro obstáculo que no sea posible remover en el momento decisivo.... ¡Y de un modo ú otro, al fin Tedarra consigue abusar de la inesperienza y buena fe de Emirene!.... ¡oh! ¿y cómo averiguar entonces la verdad? ¿cómo vivir con esta duda horrible clavada en el pecho, que me perseguirá á todas partes y á todas horas, y que cuando estampe sus labios en los míos me hará estremecer de vergüenza, de celos y desesperación, creyendo sentir todavía en ellos la impresion de los besos de su amante!....

—¡Ay! se decía Emirene por su parte, si mi esposo llega á desconfiar de mí, si alguien me sigue y me conoce, si Eduardo en su desesperación se olvida de lo que me ha prometido, y por cualquier incidente se descubre mi imprudencia, mi crimen tal vez.... ¡Dios mío!.... Dios mío, ¿cómo podré presentarme ante este hombre tan leal y honrado, tan noble y generoso, que me ama tanto, á quien debo tantos beneficios, y que solo piensa en hacerme feliz por todos los medios que están á su alcance? ¡No!.... ¡No!.... no iré á la cita.

—Sé buena y virtuosa como hasta aquí, dijo don Juan, como si adivinase su pensamiento y leyese en su fisonomía—y esta será la mas bella, la única y digna recompensa de lo poco que he hecho por tí. Ten presente, querida esposa mía, que la virtud consiste acaso, mas bien que en afrontar el peligro, en evitar las ocasiones. Considera siempre en mí á tu mejor amigo; no temas confiarme tus mas secretos pensamientos. Solo una cosa no te perdonaría jamás, ya sabes cual es, y confío que nunca llegará ese caso. Para todo lo demas siempre hallarás en mí indulgencia y olvido: la indulgencia de un padre, el olvido de un esposo que, aunque te ama con delirio, comprende que á su edad no puede inspirarte el mismo amor, y tiene sobrada esperiencia, cree conocer algo el corazón humano, para acibarar á cada instante tu temprana vida, con celos infundados, con sospechas y recriminaciones injustas. Por eso te dejo gozar de la sociedad y de los placeres cuanto es dable, por eso te complazco sin tasa ni medida. Te confieso que no me agrada el ver y oír los requiebros y miradas que te dirigen cierta clase de hombres, que se titulan nuestros amigos, sin duda por escarnio. Pero eso nada tiene de extraño, y es imposible evitar, siendo tú jóven, vivarachita, y mas hermosa de lo que convendría para mi tranquilidad. Nunca te he hecho la menor insinuación sobre esto, y ahora mismo debes considerar mis palabras como una confidencia que te hago, no como una orden, reconvencción ó censura. Te repito que es imposible, reuniendo las cualidades que tú posees, verse libre de las asechanzas de los hombres, disfrutadas en sus obsequios, atenciones y lisonjas. Me hago cargo de la satisfacción que esto debe ocasionarte, y te disculpo, porque al fineres mujer, y porque mientras no pases adelante, nada me importa que te adore el mundo entero como á una divinidad, si solo para mí eres frágil mortal.

Un leve casi imperceptible fruncimiento de cejas, y una ligera contracción de los labios, en la que se traslucía la orgullosa afirmación de que hasta entonces así era, vino á añadir un nuevo encanto á la melancólica fisonomía de la linda coqueta, que con la mayor atención escuchaba á su esposo en silencio,

E mostrando no angelico semblante
Cú o riso huma tristeza misturada (1)

M. H. Bocage. Poesías.

triste y satisfecha á la vez, pero resuelta definitivamente á no ir á la cita.

Don Juan continuó:

—Pues bien, querida Emirene, si por desgracia quisiera algun día mi mala estrella, que entre esos hombres hallases alguno que te hiciera una impresion mas profunda que los otros; y conocieses que á pesar de tus buenos deseos tu corazón empezaba á inclinarse hácia él.... ¡Ah! si es verdad que me estimas, si es verdad que te interesas por mi felicidad, no titubees en decirme lo punto que lo comprendas. Somos bastante ricos para no necesitar de nadie, y si es necesario para poder vivir en adelante sin trabajar. Nos iremos á España, á Italia, á Francia, á Alemania, á donde tú dispongas.... y si no quieres salir de América, Méjico, Santa Fé, Chile, Quito, Buenos Aires, Caracas, la Habana, nos brindan una residencia tan placida como la de Lima. Donde quiera que vayamos nos seguirán el bienestar, el aprecio y las consideraciones que nos dan aquí un nombre intachable, acreditado en los dos hemisferios, y una fortuna lealmente adquirida. En todas partes tengo corresponsales, y creo sin vanidad que podré ocupar la misma posición que aquí, y hacerle tan feliz como lo has sido hasta ahora....

—Basta... no mas.... esclamó Emirene, estrechando una de sus manos que tenia cogida, y esquivando sus ardientes miradas, que hacían subirle los colores al rostro. Estaba avergonzada, si; pero al mismo tiempo agradablemente sorprendida, al verse amada con tal abnegación; pues á pesar que no ignoraba la magnitud y sinceridad de su amor, á pesar que le creía capaz de no retroceder ante sacrificio alguno por verla, dicha, nunca se imaginó que llegase á tanto su delicadeza y prevision.

Mas de una vez, mientras hablaba, tuvo impulsos de caer á sus plantas y confesarle la verdad; pero la idea de tener que referirse todo, la llenaba de vergüenza y confusión. Comprendía demasiado tarde la gravedad de su culpa. Sentíase envuelta en una red invisible, de la que no podia romper un hilo, sin que toda ella se deshiciera ante la vista penetrante de su esposo, poniendo en evidencia hasta los pormenores mas triviales de su relación con el marqués. Recelaba con fundamento perder la estimación de don Juan, si pretendía ocultarle lo que él adivinaria, ó darle lugar á que sospechase de su virtud si le refería los hechos sin disfraz, y empezaba por acusarse de haber provocado y fomentado una pasión romancesca, solo por satisfacer su amor propio humillado.—En suma, aunque confusamente, habia vislumbrado al través de las afectuosas palabras de su marido cierta desconfianza oculta, hija de los celos y del temor de que sus bondades no fuesen bastantes para labrar su ventura; y temia justificarla y aumentarla, confesando que se habia espuesto á hacerle desgraciado, solo por merecer los homenajes y el cariño de otro hombre, que ni siquiera servia para descalzarle.

Hé aquí una situación eminentemente dramática, con la que podria llenar sin trabajo quinientas ó seiscientas páginas, si siguiendo el torrente de la moda, escribiese una novelita gálica-erótica-narcótica, en 80 tomos en 4.º mayor, ó un drama patibulario y estrambótico en veinte actos y doscientos cuadros; situación en que se habrán hallado y se hallarán hoy dia tantas amables prójimas, llevadas insensiblemente hasta ese extremo, mas por la marcha general de los sucesos, que por voluntad propia (1).

En el orden moral como en el físico, paso á paso, de escalon en escalon, de transición en transición se llega, cuando menos se piensa, adonde jamás se imaginó. Entonces los hechos nos dominan, nos colocan en una pendiente resbaladiza, donde tenemos que hacer desesperados esfuerzos para volver á ganar la altura que ocupábamos y que no siempre nos es dado alcanzar. Por lo regular caemos en un abismo antes de reconquistar la posición que hemos perdido. Insensiblemente, los multiplicados anillos de una cadena invisible, formada de nuestros errores, imprudencias y desaciertos nos ligan y sujetan al yugo que nos abruma, al padron de nuestra ignominia. Solo un tardío arrepentimiento viene á veces, no siempre, á prestarnos valor para sufrir, haciéndonos reconocer que somos merecedores de nuestra desgracia.

Tal era la situación de Emirene en aquel momento luchando con la voz de su conciencia, con sus temores y el deseo de corresponder dignamente al cariño de su esposo y no desmerecer un ápice de su estimación. Espuesta á perderlo todo si hablaba, y mas espuesta si callaba, la duda era el menor de sus tormentos.

Vaciló algunos instantes.... pero el fin triunfó el pudor ó mas bien su vanidad que le aconsejaba callar.

Medio incorporado en el lecho y apoyada la cabeza en una de sus manos, don Juan, que astutamente habia provocado esta escena, deseoso de facilitarle un medio oportuno para que ella le abriese su corazón, seguía con disimulo y encubierta afeidez las contracciones de su semblante, en el que se pintaban una á una las emociones diversas que hacían palpar su seno.

Tenia tan excelente fondo el buen hidalgo, que apenas conoció por la turbación de Emirene y el rubor que coloraba sus mejillas, lo pensó que le era aquella conversacion, trató de darle otro giro; y sa-

cando de debajo de las almohadas una escritura doblada, se la presentó diciéndola:

—Darás esto á tu padre en tu nombre y en el mio suplicándole que no me haga un desaire en el día de mi cumpleaños.

—¿Cómo? preguntó Emirene, otra vez inundado los ojos de lágrimas, no bien los hubo pasado por la escritura;—¿cómo te empeñas en que acepte mi pobre padre la casa de campo en que vive, que ya he rehusado otras veces por delicadeza, aunque tiene vivos deseos de poseerla?....

—Si, querida, quiero que se quede con ella; y para que no me rehusó esta vez, he hecho estender la escritura de donación y la he firmado. Siempre tu padre ha tenido la manía de ser propietario, y al cabo de sus años es muy triste que no haya podido realizar su deseo. Por lo tanto....

—Oh, mi don Juan, esclamó ella, abrazándole y besándole en un arranque de ternura involuntario;—Dios te lo pague, como yo te lo agradezco—¡oh! nunca tengas que arrepentirte de haberme querido tanto!

—Mira, Emirene, repuso él apartándola suavemente, siento llorar á Ramiro. Anda á ver qué tiene....

—No tal, es un pretexto para que me vaya, conlástame a mi madre prestando el oído.

—Entonces hazme el gusto de traérmelo; quiero verle antes de levantarme.

Emirene permaneció parada en medio del aposento mirándole enternecida.

—¿Vamos.... no vas? continuó su esposo.

—Si,—añadió ella enjugándose las lágrimas y haciendo vanos esfuerzos para sonreirse—Si, querrás si te duda hacerle tambien algun regalo....

—Calle la envidiosa, la fea, la ladrona....

—¿Ladrona?

—De corazones. Y marche á traerme á su amor.

—¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja!....

Salió Emirene riéndose como una loca, y volvió al punto con el niño en los brazos.

Dejaremos á don Juan jugando con su hijo y pasaremos á otros asuntos mas importantes. Los niños a fin son como los locos, que de repente se acuerdan que han perdido la chaveta, y como dice el refrán: Quien con niños se acuesta....

Y aunque yo los quiero y me entretienen muchísimo, no me ciega tanto el cariño que deje de conocer las engorrosas verdades proclamadas por cierto ciudadano en aquella festiva letrilla que empieza:

Es el mas bello
De los placeres
Tener un niño
De pocos meses,
Que si no mama,
Que si no duerme,
Se degaña
Llorando siempre, etc.

CAPÍTULO X.

El banquete (1).

Algunas horas despues de la animada escena que tuvo lugar en la alcoba de Emirene, empezó á llenarse la casa con los convidados, y como sucedo en casos tales, á dividirse estos en grupos, y despues de saludarse, hablar del tiempo, del calor, de sus personas, mugeres, hijos, perros y caballos, pasaron á las noticias locales, intercalando un se dice, se asegura, me han contado; y por último, descendieron insensiblemente al terreno de las alusiones estomacales: uno sacando el reloj y diciendo en voz baja que ya tenia ganas de comer; otros quejándose de la impolítica de los que se hacían esperar en momentos tan preciosos; y algunos mas despreocupados ó atrevidos, asomándose con cualquier pretexto al patio, desde donde divisaba el comedor, con el objeto de ver si empizaban á desfiar las fuentes repletas de líquidos y servidos.

Nuestros viejos amigos don Enrique y doña Mariana estaban en casa desde por la mañana. La literata habia tomado por su cuenta al de Araure, que como deseaba congraciarse con su sobrina, sufrió las impertinencias de la tia sin chistar, como sucede á un enamorado respecto de la mamá ó abuela de su tormento. ¡En mal hora supo que el marqués hablaba tres idiomas, porque le espetó de cotrada un *comment ça va mon cher!* añadió á poco un *you are á very accomplished young man;* y concluyó con un *vi prago ogni maggior contentezza:* frases todas muy lisonjeras, á las que él contestó con otras equivalentes, maldiciendo en su interior su fatal venida: veía frustrado su plan si ella se empeñaba en no dejarle en toda la noche, y recelaba con fundamento que Emirene no se atreviese á salir, temiendo que ella la echase de menos. No sabia el pobre que él mismo á quienes pretendía engañar, estaban de acuerdo para facilitarle los medios de llevar á cabo su aventura. No sabia que ellos se habian comprometido á remover aquel obstáculo que á todos era perjudicial obstáculo parecido á la oposición que hacen ciertos diputados disidentes de la mayoría y enemigos de la minoría; especie de cometas, sin cauda, nebulosos opacos, perdidos en el espacio, girando á su gusto por esos mundos de Dios, como espíritus errantes, re-

(1) Diferencia entre las primeras impresiones del hombre y la mujer. 29.

(1) Ideas que despierta un banquete (27).

chazados por la tierra y por el cielo, sin compañeros, sin rumbo fijo, describiendo curvas irregulares, que-riendo en vano acercarse á los astros que mas brillan, y haciendo siempre, como si hubieran cometido algun delito, y los esbirros ó sea alguaciles de la justicia divina les siguiesen las pisadas. Lástima les tengo á los tales cometas diputadas, ó diputadas cometas, que todo viene á ser lo mismo.

La esclarecida autora del Tratado crítico apologé-tico-razonado-y-científico, prendada de la amabilidad aparente interés con que la escuchaba el de Araure, quiso darle una idea mas aventajada de su saber, y sin mas preámbulos, propúole la misma cuestion que el César Maderno á los catedráticos de Bolonia, es decir, en que se diferenciaba el sueño de la muerte.

El marqués fingió recapacitar seis minutos, y frun-ciendo los labios, se alzó de espaldas, como si no en-contrase en sus conocimientos una respuesta satis-factoria á las dudas que le asaltaban.

—¡Oh! dijo doña Manuela, la cuestion es grave, y no es fácil resolverla sin sentar antes algunas premi-sas y antecedentes. El nihil scitur de los latinos y el-temendo to he or not be de Shakspeare, están con-tratados en ella. Empecemos por la parte psicoló-gica....

Y saltó la tarabilla, y empezaron á salir palabras por aquella boca, como lava, cenizas, piedras y mate-rias heluminosas por el encendido cráter del Illi-nessau, ó como arroja sus mil riachuelos en torno de sí el primer rio del mundo, el gigantesco Amazonas, al cruzar las mil ochocientas leguas que recorre en su curso magestuoso, bajando de las cordilleras de los Andes y perdiéndose bajo el Ecuador, por una boca de ochenta y cuatro, en el Océano Atlántico.

El marqués la dejó hablar, moviendo la cabeza á intervalos en señal de afirmacion para que creyese quó la escuchaba, y se puso á pensar en otra cosa. Acabe ella su estensa disertacion, y entonces Emirene, que desde el sofá observaba el suplicio que estaba pasan-do solo por merecer una mirada de gratitud, á pre-texto de no sé qué disputa que se habia promovido, llamóle en alta voz para hacerle tercero en discordia, suplicando al conde de Abancay que diese un rato de conversacion á su tia y la entreturiese un cuarto de hora, lo mas que tardarian en sentarse á la mesa.

El complaciente señor se apresuró á satisfacer su deseo; la encantadora niña sabia pedir las cosas de un modo que era imposible negárselas.

Mientras pasaban estas escenas en la sala, don Juan encerrado en su gabinete con Yuca le daba sus últimas instrucciones para la ejecucion del plan que tenia dispuesto.

Siento muchísimo no poder revelarlo todavía á mis heritoras, porque hay secretos de estado y empresas, que se frustran dándoles publicidad. Y mis lectoras no me lo perdonarian: ellas nunca perdonan la indis-crecion y la falta de reserva; todo lo sufren con resig-nacion y se conforman á todo (cuando no hay otro re-medio); pero saltan, braman, bufan, patean, se asan-lloran, gritan, se ponen como unas víboras en cuanto uno traiciona la confianza ó confianzas que les debe: que tan ruin pago solcemos darlas!

La conversacion entre don Juan y Yuca, fué breve y sin rodeos como niña con anhelo de casaca; y veloz y ejecutiva como la madre que desca salir de ella.

—Ve como te manejas, díjole el hidalgo al despe-dirle, dándole un golpecito en el hombro, —es preciso que no los pierdas un momento de vista, y que ellos no lo noten, es preciso que trates de averiguar antes de media noche lo que te he encargado.

—En cuanto á lo primero, os aseguro que lo seguiré como su sombra; en cuanto á lo segundo... veremos... no os lo doy por hecho... repuso Yuca indeciso; pero sin embargo, me lisonjéo que no quedarais descon-tento.

—¡Ah! será ese un servicio mas grande que el de ha-berme salvado la vida dos veces, exclamó don Juan abriendo la puerta del gabinete; y echando una mira-da cautelosa al corredor, añadió: —Vamos, vete pronto; no venga por aqui Emirene y nos sorprenda ha-blando en voz baja y desconfiada.....

No bien se quedó solo dejóse caer don Juan sobre un canapé, triste y abatido, al considerar que iba á jugar su porvenir en el dia que debiera ser el mas feliz de su vida, creciendo su agitacion á medida que se acercaba el momento fatal.

Ya habian venido todos los convidados y solo se esperaba al obispo para ir á la mesa.

Un criado vino á anunciarle que su ilustrísima acababa de llegar.

El primero á quien vió don Juan al entrar en la sa-la fué al marqués, al parecer nada contento, sentado al lado de Emirene.

El poeta, herido á consecuencia de aquella famosa indirecta, Arturo, el condesito que la cebaba de gra-tioso. Nadaa!, eran del número de los convidados; así como otras muchas personas de ambos sexos, todas notables por su cuna, posicion, fortuna ó capacidad.

Conviene advertir que el banquete con que don Juan celebraba sus dias, no era un banquete de etique-ta, sino una espléndida comida entre amigos. Y para que hubiese mas libertad y franqueza, se insinuaba de antemano en los billetes de convite, que no habria baile, sino tertulia. Lo que equivalía á decir que aca-bando de comer, cada uno podía irse si así le conve-nia, ó quedarse á tomar el té á media noche y á ju-gar hasta el amanecer.

Dirigieronse al salon donde estaba puesta la mesa

con cubiertos para cien personas. El marqués supo manejarse de modo que quedó entre Emirene y la condesa de Abancay.

La imaginacion poética del lector, mucho mas si no se ha desayunado aun, supondrá la regia esplen-didez con que el opulento comerciante obsequiaría á sus convidados. Yo no debo, no puedo, ni quiero en-trar en detalles y ponerme ahora á especificar todas las cosas que comieron, que fueron muchas y muy buenas. Ni tampoco

«A describer lor forma piu non spargo.
Rime lottor ch' altra spesa mi strigne
Tanto che in questa non posso esser largo (1).

Sea esto dicho de paso, para descargo de mi con-ciencia y satisfaccion de los trogloditas que lean de ufa (gratis) este libro.

Arturo, cumpliendo las instrucciones de Tendarra, habiase colocado cerca de don Juan, reforzado por dos amigos, con el plausible objeto de embriagarle en la forma y modo que insinuó aquel al fin del capítulo tercero del tomo anterior.

La conversacion lánguida y monotoná al principio, fuese animando por grados hasta formar un guirigay bastante sostenido para que cada quisque dijese á su vecino ó vecina lo que queria, rectificando, sin temor que le oyesen, algunas *alusiones personales* dirigidas exclusivamente á él ó á ella.

El espumoso champagne, el aromático bordeaux y el delicioso jerez comenzaban á hacer su efecto (2).

De cuando en cuando se veía á Arturo y á sus compañeros chocar su vaso con el de don Juan, que no rehusaba ningun brindis, si bien habia puesto por condicion no beber mas que de una clase de vino que Yuca le servia.—Parece escusado prevenir que este vino estaba preparado, y tenia cinco cuartas partes de agua.

En uno de estos intervalos, mientras don Juan y la condesa hablaban con sus colaterales, Emirene dijo al marqués en voz baja, al tomar un aloncito que él la ofrecia:

—Eduardo, siento en el alma advertiros que no puedo ir á la cita....

—¿Cómo? preguntó el de Araure palideciendo y mordiendo los labios de despecho.

En el mismo momento, Yuca que los observaba á poca distancia, se acercó cautelosamente con un pla-to en la mano.

—No puedo... y no quiero... continuó Emirene; no me exijais mas esplicaciones.

—Por Dios....

—Os lo prevengo para que no os incomodeis en ir y esperarme inútilmente.

—Bien, señora: pero al menos permitid que, acabando de comer, os diga una palabra.

—No hay inconveniente.

—¿Dónde?

—En mi gabinete de estudio.... en el pabellon que cae al jardin.... ya sabeis....

—¿Me dareis la llave?

—Sí.

—¡Oh! ¿y no me engañareis ahora tambien?

—No; ¡silencio!... añadió Emirene notando que la condesa prestaba el oido, y levantando la voz para en-gañarla, repuso:

—¡Oh! marqués, no murmureis tanto. Siempre os veo dispuesto á reiros del prójimo.

—¿Qué decia? preguntó la condesa.

—Nada, señora, respondió el marqués sonriendo, hacia notar á vuestra amiga el aspecto tan poco sim-pático de aquellos dos ciudadanos que tenemos casi al frente.... en el ángulo de la derecha.

—En efecto, dijo la condesa, fijándose en los dos originales que habian llamado la atencion de Tendarra; en efecto, son dos fisonomias dignas de figurar en el Museo de historia natural.

Y el marqués, completándole la frase, añadió:

—La muger parece un sapo y el hombre un chivo.

Gracias al ardor de Emirene y á la oportunidad de la critica de su amante; la condesa, á pesar de su es-periencia, se tragó el anzuelo, y eroyó cándidamen-te que cuando hablaban á media voz era para ocuparse del prójimo, y no de sí mismos. Error imperdonable, torpeza inaudita en una dama tan esperta y re-catada como ella.

Levantaban el último servicio é iban á colocar los postres, cuando Arturo, que estaba un poco jovial, por no decir ébrio, se puso de pie con una copa en la mano, y con su acostumbrada petulancia y aturdi-miento, propuso que cada uno echase un brindis, ó dijese un pensamiento en verso ó prosa, dejando el tema á la eleccion de cada cual.

Un ¡bravo! casi unánime, coronado por una salva estrepitosa de aplausos, fué la respuesta, invitándole á que empezara él dando el ejemplo.

Por una rara coincidencia, me ha sucedido encon-trar, puestas en verso y en escritores muy conocidos, la mayor parte de las ideas espresadas allí. Esto me ahorra el trabajo de compulsar crónicas y manuscritos, al paso que servirá de entretenimiento al lector el ver, combinados de este modo, fragmentos de indispu-table mérito y de autores tan diversos.

Aprobada la proposicion de Arturo por una mayo-ria inmensa, insistió él en que correspondia al poeta

empezar por derecho de profesion y antigüedad; y la mayoría, siempre estúpida y rutinera, como son siem-pre cierta clase de mayorías, se adhirió al parecer del preopinante. Entonces tuvo lugar la siguiente curiosa escena que, para mayor lucimiento he puesto en prosa y verso; entrando á saco á cuanto poeta se me ha ve-nido á las mientes, no queriendo en manera alguna intercalar nada de mi propia cosecha, no se persuada el respetable público, que es mi objeto lucirme, cuando en esto como en otras cosas, no hago mas que narrar simplemente un hecho histórico; á veces con barto dolor de mi corazon, como habrá conocido el respetable público en varios capítulos anteriores y como acabará de conocerlo en este, que será un capítu-lo boa (4).

CAPITULO XI.

Escena original (de plagios).

Silencio y expectacion general; el poeta con una copa en la mano dirigiéndose á Emirene:

Dos estrellas son tus ojos;
Tierno suspiro es tu acento:
Aroma blando tu aliento
Y tus labios de carmin:
Alabastro es tu garganta;
Como el cielo hermosa brillas,
Son dos rosas tus megillas
Y tu frente es un jazmin.
Como la luna en el coro
De las trémulas estrellas,
En la patria de las bellas
Te apellidan reina á tí (1).

Nunca envidiosa nube
Pueda empañar tu estrella
Ni del dolor la huella
Abata tu cerviz,
Y con tus aéreas alas
Cruza el ingrato suelo.
Angel que ha enviado el cielo
Y que se esconde en tí (2).

Que á tan noble criatura
La ventura
De los ángeles es nada;
Si en los cielos hay justicia,
¿Cual delicia
Angel te será negada? (3)

(Emirene inclina levemente la cabeza. Aplau-sos, etc.)

Arturo.

Brindemos á la locura:
Que allí la ventura empieza
Donde acaba la razon,
Y no goza el corazon
Si trabaja la cabeza (4).

Varios.

¡Bravo! ¡bravisimo! otro brindis.
Arturo (llenando su copa y volviéndose á las se-ñoras).

Morena, blanca, rubia, pelinegra,
Modesta, descarada, débil, fuerte,
Tímida esposa, descocada suegra,
Muger en fin de toda casta y suerte
Mi pecho agita, el corazon me alegra (5).

A mi me gustan las gordas,
Y las flacas,
Y las altas como estacas,
Y las pequeñas tambien.
Las casadas son muy crudas,
Pero me encantan de veras;
Las solteras por solteras,
Las viudas porque son viudas:
En fin, tan poco reparo,
Que suelo embestir furioso
A las bellas por lo hermoso
Y á las feas por lo raro! (6)

Risa general. El marqués aparte á Emirene con una sonrisa de despecho:

Lances hay en que las gentes
Tienen la risa en los dientes.
Y arde el alma en los infernos (7),

Arturo. Ahora le toca á Tendarra.
Varios señoras. Si sí.
El marqués. Bien: pero os advierto que la persona á quien dirijo mi brindis no está presente.

Una señora con intencion. Vamos marqués, no os hagais de rogar; ya os conocemos y bien sabeis qué

«Conviene ser atrevido
Y no temer á su dama,
Que en la lactancia de amor
El que no llora no mama (8).

(1) Lo llamo boa con razon, porque el boa es un animalo de gran dimension y muy tragon y el capitulo en cuestion se tragó sin compasion, y sin ton ni son á cuanto vate de inspi-racion, sublime ó ramplon, toca el violon, en perfecta union con la narracion.

El marqués.

Ora en insomnio devorante lloro,
Ora me aduerma en plácido letargo,
Siempre su imagen adorada veo,
Do quier que vuelvo el rostro allí la hallo (9).

Pausa: protesta de las señoras de que eso no es cierto, mirada cariñosa de Emirene que incita al marqués a añadir con mas vehemencia:

En vano al viento doy mi querrela,
Sin esperanza muero de amor,
Ayer mi vida tan dulce y bella
Y hoy desgarrada por el dolor!
Piedad os cause mi amarga pena,
Pues sois sensibles y yo infeliz;
Turba una sombra mi luz serena....
Ojos hermosos llorad por mí.

Es la que adoro la suave aroma,
El ángel puro que envia Dios;
Cuando á la tierra su frente asoma
Se agita plácido el corazón.
Negros cabellos y tez de nieve
Y labios rojos como carmin,
Y cual la palma graciosa y leve....
¡Ojos hermosos llorad por mí!

Entre pestañas negras y hermosas
Sus ojos brillan de amor volcan,
Y sus palabras son armoniosas
Como las auras que besa el mar:
Pero á mis ansias es siempre muda....
O no comprende mi frenesi,
Aquí en el pecho tengo una duda,
¡Ojos hermosos llorad por mí!

Crimen de sangre mi pecho inflama...
¡Ojos hermosos llorad por mí! (10)

Emirene (aparte).

Mi corazón no reposa....
Las alas está batiendo
Con impulso de temor (11).

Don Juan aparte notando la emocion de Emirene.

Es fuerza
Que se burle y que se tuerza
La traicion con la traicion (12).

Y quiero
Morir de dolor primero
Que sospechar de tu fé (13).

¡Oh, sí! que tu alma arrogante
Es como el duro diamante,
Que siempre brilla llamante
Sin admitir mancha en sí (14).

Una señora. Antigua amante del marqués á un ciudadano suplente de aquel.

hay hombres
Con alma tan fermentada,
Que son venenosas flores
En el jardín de la vida (15).

El ciudadano.

¡Qué hermosa que está una dama
Cuando de otro amor se pica!
Y es que siempre está mas bella
La rosa con las espinas (16).

Nadaal, el usurero contratista leonino.

¡El oro! ¡el oro es de la tierra Dios! (17)

Un joven de talento, victima de la falsedad, la envidia, el engaño y egoismo de los demas.

«Dicha es sonar cuando despierto sueña
El corazón del hombre su esperanza,
Su mente halaga la ilusión risueña,
Y el bien presente al venidero alcanza;
Y tras la aérea y luminosa escena
Del entusiasmo, el ánimo se lanza
Bajo un cielo de luz y de colores
Campos pintando de fragantes flores.
Dicha es soñar porque la vida es sueño
Lo que fingió tal vez la fantasía,
Cuando embriagada en lánguido beleño
A las regiones del placer nos guía:
¡Dicha es soñar, y el rigoroso coño
No ver jamás de la verdad impía:
Dicha es soñar y en el mundano ruido
Vivir soñando y existir dormido! (18)

Un famélico inclinado á filosofar por el estílo del don Ermeguncio de Moratin, que vertía lágrimas de compasion, considerando los males que acarreaaba la gula, mientras se hartaba hasta el gollote de bultos y chocolate.

Cada paso en esta vida,
Es un paso hácia la muerte (19).

Cuántas veces en la vida
En silencio el alma gime,
Porque hay algo que la oprime
Indefinible quizá;
En horas que el mundo todo
Es una nube sombría,
Donde no penetra el día,

Donde la vista no va.

En vano la causa entonces
De sus pesares indaga,
Que agobiada el alma vaga
Entre dudar y temer;
Como luz de un bujía
Por el viento combatida,
Que ya muere ó tiene vida
En continuado vaiven.

Cuántas veces contemplando
Del vivir las desazones,
Vemos nuestras ilusiones.
Una por una morir:
Como el árbol que marchito
Va hoja por hoja perdiendo,
Y queda solo ofreciendo
Restos de antiguo existir (20).

La condesa de Abancay (dirigiéndose al poeta con quien simpatizaba, segun malas lenguas).

Es el poeta en el mundo
Lo que una lámpara bella:
Lumbre su frente destella
Y hay una sombra á su pié (21).

Planta exótica en su época maldita,
Con la posteridad vive su mente,
Y allá en la luz del porvenir bendita
Un rayo busca su abatida frente (22).

Don Enrique á Emirene.

Puro y santo, cual la flor
En su capullo plegado
Abriga esencia y color,
Ángel del cielo bajado.
Abriga tu alma el candor.
Tú no puedes alcanzar
Que hay en esta vida mieles
Muy dulces al paladar;
Después de gustadas, hicles
Que nos llenan de pesar (23).

¡Ay! siempre que te miro
Se me escapa un suspiro,
Pensando cual será tu porvenir.
Misterioso secreto,
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir (24).

¡Paz dé Dios siempre á tu seno
Y á tus jardines un lirio! (25)

Don Juan inclina la cabeza con visibles señales de satisfaccion, Emirene se vuelve involuntariamente al marqués, y le mira como con disgusto y enojo. Levántase un ligero murmullo entre los convidados, elogiando el tierno y sentido pensamiento de don Enrique. Tedarra aprovecha la ocasión, y dice á media voz á Emirene.

¿Por qué burlas mi esperanza,
Y cual la madre acallando
Al hijo que tiene al pecho,
Me enseñas la joya de oro
Para escondérmela luego? (26)
Nada soy ya para tí?

Emirene.

No, por mucho que se haga
Siempre el amor deja brecha,
Podrá arrancarse la flecha
Pero allí queda la llaga (27).

Sufro y lloro, mas no puedo
Complaceros.

El marqués.

¿Así al mas rendido amator se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía? (28).

Emirene.

¡Prudencia, Eduardo! ¡mirad que os observan!.....

El marqués.

Una voz del infierno nacida.
«Ciego, dice, murió tu esperanza,
El poder del humano no alcanza
A librarte del hado fatal»
¡Moriré como lirio en el yermo
Que deshoja sañudo pampero (1).
¡Y en mis labios el ¡ay! postrimero
Será, ingrata, un suspiro de amor! (29)

La Celosa (al vecino).

Vea vd., vea vd., como hablan
Al descuido, el marqués y Emirene.

(1) Especie de huracan que nace en las Pampas de Buenos Aires.

Vecino.

..... hasta el hierro
Se quebranta sobre el yunque
A fuerza de machacarle (30).

Don Juan, notando su conversacion.

No cabemos en el mundo
A un mismo tiempo los dos (31).

La Celosa.

Teniendo un marido que tanto la aprecia
¡Qué nécia!

Vecino.

—¿Qué queréis?
«Si una muger se atropella
Por su esposo, él por no vella
A los infernos se irá:
Y si al marido le dá
Por amar fiel á su esposa,
Ella afuer de melindrosa
Ni en invierno le querrá (32).

....Que al fin son
Enemigas declaradas
La esperanza y posesion (33).

La celosa. Puede ser que todo sea apariencia,
¡es tan amigo el marqués de hacer creer lo que existe! ¡Se paga tanto de cualquier nimiedad!

Vecino.

Hambriento yo he conocido
Que de partir y trincar,
Suele mas harto quedar
Que los otros que han comido (34).

La Celosa. Y como afirma cierto autor:

Dicha de todos sabida
Dicha es dos veces lograda,
Que á veces es envidiada
Mas gloria que conseguida (35).

La señora doña Manuela.

Brindis.

Si por el vicio y folgura
La buena fama perdemos,
La vida muy poco dura
Denostados finiremos (36).

Un pedante. A don Juan de Serelar en su fel natalicio.

Dístico.

«Semper honor, nomenque tuum, lauden manebit
que (37)

Varias señoras. Pero, caballero, espíquese vd. q
no le entendemos.

Pedante. ¡Ah! ¿un pensamiento suelto?....

«Be wise to-day: t'is madness to defer:
Next day the fatal precedent will plead (38).

Una niña mas viva que bella, y mas bella que t
serafin.

—¡Bellísimo! no me improvisa vd. algo para mí e
clusivamente?

Pedante. Por complacer á vd. (Saca una carter
arranca una hoja, y escribe.)

Sur cette page blanche óu me vers vont ecolor
Qu' un regard quelquefois ramene votre cœur,
De votre vie aussi la page estblanque encore,
Que ne puis-je y graver un seul mot; le bonheur! (39)

La misma, recibiendo la hoja y dando con el co
á sus colaterales.)

—¡Adelante! no se detenga vd.
Pedante. Es que abuso de la amabilidad de es
amable reunion.

Varias señoras. ¡Qué esperanza! ¡No tal! Siga v

Pedante.

¿Qué vale senza amor la giovinezza?
¿Qué vale senza giovinezza amore?
Gioventu con amor gioca é dolcezza.
Spirto, vigor, diletto infonda in core (40).

Palmoreo y risa burlona de los hombres, nota
por el pedante que se amostaza, y llena por qui
vez su copa, diciendo en tono de desprecio y sarc
mo.

«... á inveja retorciendo os olhos
O voraz dente con fragor rangendo,
Da fauce adusta sem cessar vomita
Pútrido sangue (41).

La señorita, que hostigaba al pedante; mirándole en ternura y burlándose de él, sin que el interesado se aperceba.

... se engaña
Al noble con vanidad,
Al soberbio con grandeza,
Al mercader con limpieza,
Al pobre con voluntad,
Al rico con alabanza,
Al ministro con secreto,
Con lisonjas al discreto,
Al triste con esperanza,
Con aplauso al liberal,
Al avaro con desden,
Al casto hablándole bien,
Tratando al lascivo mal,
Y al necio.... pero con nada
Se puede hacer de él aprecio,
Porque no ha de darse al necio
Mas que la paja y cebada (42).

El conde de Abancay—marido tolerante, ó sea filósofo.

No hay cosa que tanto
Desespere á la mas cuerda,
Como la desconfianza.
¡Cuánto ignora, cuánto yerra
En esta parte el honor!
Que es como el que olvidar piensa
Una cosa, que el cuidado
De olvidarla es quien la acuerda:
Es como el que desvelado
Se quiere dormir por fuerza,
Que llamando al sueño, es
El sueño quien le despierta;
Y es como el que halla en un libro
Borradas algunas letras,
Que por solo estar borradas
Le da mas ganas de leerlas (43).

Una madre—con tres hijas casaderas.

Es armiño la hermosa
Que siempre á riesgo se guarda,
Si no se defiende, muere,
Si se defiende, se mancha (44).

Una de sus hijas.

Hay en el alma cuando nueva agita
Sus aureas alas una fuente pura,
Que alegre riega la ilusion marchita
Y renueva su fuerza y su hermosura (45).

Otra.

El amor es fé inspirada,
Es religion arraigada
En lo íntimo de la vida,
Fuente inagotable henchida
De esperanza, su anhelo
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria;
Si se estrella en lo imposible,
Gozoso vuela á la gloria
Su heroica palma á buscar (46).

Un doncel de genio alegre, pero enojado con la niña porque le dió calabazas.

El amor es fuego y agua,
Dice muy bien quien lo dice,
Pues con poca diferencia
No hay amor que no se entibie,
Y lo tibio es fuego y agua (47).

Un militar.

Guarde el poeta su lira
Y audaz vuele á la pelca;
Y en la sangre que allí humea
Beba escelsa inspiracion:
¡Oh! como la mente inspira
El silbo de la metralla,
El polvo de la batalla,
El estruendo del cañon.
Ver entre nubes de fuego
Desplegada la bandera,
En medio á erizada bilera,
A compas de un tambor,
Y oir los victores que luego
Alza el soldado triunfante,
Marchando siempre adelante
Con mas denodado ardo! (48).

Un patriota, con humos de revolucionario.

A América.

... su pasado hermoso
Es de eterno valor rica simiente:
Su futuro es el árbol magestuoso
Que alzará della su verdosa frente.
¿No conocéis la tierra que el valioso
Germen de este árbol guarda? Es el presente;
Y aunque es verdad que la semilla encierra
Es nuestro tiempo de hoy tan solo tierra.

El ángel del futuro de hinojos en Oriente
Espera el primer rayo del venidero sol,
Para decir al hombre del viejo continente:
«La aurora se levanta del mundo de Coloa.»

Y poderosa entonces y entusiasmada y libre
¿Qué mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzará la frente cuando tu acento vibre
Y mil ciudades hagan el eco de tu voz?
Cuando á tu alerta grite la Patagonia, ¡alerta!
¡Alerta! el viejo Chaco y ¡alerta! el Paraná;
Y la nacion levante su frente descubierta,
Diciendo con sus bronces al enemigo: ¡atrás! (49)

En las ardientes horas de juventud temprana
Mi mente entusiasmada soñó la libertad:
Envuelto en mis delirios espero la mañana
Que alumbre al mundo todo de eterna claridad (50).

El condesito, con mucha pasion, despues de haber tenido la precaucion de advertir que se dirigia á un ser ideal.

Mi armonia te ofrezco, niña hermosa
La del negro cabello, y tez de rosa....
Al poeta ambicioso, ángel, perdona,
¡Cuando llega á tu umbral con su corona!
Yo quisiera abrazar tus pies hermosos
Y decirte con ayes dolorosos,
De mí no huyas así blanca paloma
Que el tiempo como buitre negro ásona
Y las hebras del sol de las mañanas
Cubre con llanto y con pesadas canas:
Bebe en la copa que el placer te brinda
Antes que el hielo de la edad te rinda.
Y al que pensando por tus gracias vive,
Bajo tus alas candidas recibe.

¡Oh cuán alto te irias pensamiento
Bajo la dulce brisa de su aliento!
A los vates de amor desafiaría
E inspirado por ti los vencería
Que al vacilar mi númen con desmayo,
Como débil mortal que siente el rayo,
Y al palpar mi pecho con enojos,
Buscaría en el fuego de tus ojos
Audaz idea, creacion pasmosa,
Y mi mente lanzándose ardorosa,
Al padre de la luz le robaría
Raudales de dorada poesia;
Y de victoria el resonante ¡bravo!
Ovacion no sería á este tu esclavo
Sino tan solo á tí, y alguien diría:
«Todo es de ella, sin ella él ¿qué sería? (51)

El obispo. (Movimiento de curiosidad y respetuosa atencion en los circunstantes.)

Quise buscar bellezas en el suelo
Y en todas partes encontré estampada,
Huella profunda de amargura y duelo,
Señal reciente de miseria y nada:
Triste la vista levanté hasta el cielo,
Y al dirigirme mi postre mirada,
Negra y ligera de la tierra sube
Y sus bellezas me ocultó una nube (52).

Emirene. (Risueña y festiva, aunque en el fondo muy peserosa, despues de echar una espresiva mirada á su esposo y al marqués, como si quisiera responder á las recriminaciones de este y al mismo tiempo, en espacion de su culpa, prevenir á don Juan que sufría macho, y que necesitaba mas que nunca de su apoyo é indulgencia.)

¿Quién no lleva escondido
Un rayo de dolor dentro del pecho?
¿Por cual dichoso rostro no han corrido
Lágrimas de amargura y de despecho?
¿Quién no lleva en su alma
¡Ah! por muy jóven y feliz que sea,
Un penoso recuerdo, alguna idea,
Que nublando su luz turbe su calma? (53)

Don Juan con intencion, como si la hubiera comprendido, y quisiera marcarle la felicidad ó la desgracia que estaba pendiente sobre los dos.

¡Oh que bello es pensar en mañana,
Si en mañana la dicha se espera;
Si el sol bello que cruza en la esfera
Viene hermosa una vida á dorar!
Dios eterno, que aliento me ofrezcas,
Cuya mano, Señor, todo alcanza,
No me engañe tan dulce esperanza,
Haz que deba esta gracia á tu amor! (54)

Tales fueron los principales brindis y los discursos mas notables que tuvieron lugar durante el banquete.—El resto no merece lizar nuestra atencion.

En obsequio de la brevedad he sido muy sóbrio.—No obstante, si algun lector poco aficionado á la poesia, de esos que suelen tener orejas de asno, encontrase sobrado largos los bellísimos trozos que anteceden, le suplico humildemente que se vaya á paseo; y para distraerse y resarcirse del mal rato que puede haberle ocasionado su lectura, ó su simple vista, salga

á media noche á dar una vueltecita por el Campo del Moro, ó al de los Mártires, ó al castillo del Gibralfaro, el Morro de Santa Teresa, el Cerro ó Barracas, etc, segun se halle en Madrid, Granada, Málaga, Rio Janeiro, Montevideo ó Buenos Aires; teniendo cuidado de escoger una noche bien fria y salir á la ligera, cosa que vuelva á casa con una insignificante pulmonia que se lo lleve en pocas horas, donde debe estar, es decir, á los infiernos.

Réstame ahora, para no pasar por ladrón, no obstante que hoy, tanto en prosa como en verso—sinónimos de la política y literatura, el quebrantar el sétimo mandamiento está á la órden del dia, réstame apuntar el nombre de los egregios autores, de quienes he tomado dichos fragmentos; conjurándoles que, en pago de mi lealtad, salgan pluma en ristre á defenderme, si algun insolente folletinista, se empeña en sacarme á la vergüenza pública como al grajo de la fábula.

Así el lector ignorante y curioso, podrá ver en el texto original (si le tiene) los trozos que se citan, al mismo tiempo que yo lleno otras dos páginas sin trabajo, doy un testimonio público de mi prodigiosa erudicion, y gano el título de bibliófilo, que no es poco de pavo.

«En el filosofador siglo presente (1)

Los nombres de los poetas americanos van con letra bastardilla, honorífica distincion, circunstancia notabilísima, que no deben echar en saco roto, caso de que llegue á verme en un apuro, por querer popularizarlos en Europa,

¡Alla va eso!

- (1) Don Salvador Bermudez de Castro.—Ensayos poéticos.
- (2) Don José Rivera Indarte.—A Rosa.
- (3) Melchor Pacheco y Obes.—Un ángel.
- (4) Manuel Breton de los Herreros.—La pluma prodigiosa.
- (5) Cada cosa en su tiempo—trad.—de don Patricio de la Escosura.
- (6) Don Juan Martínez Villergas.—Ir por lana y volver trasquilado.
- (7) Breton de los Herreros.—Lo vivo y lo pintado.
- (8) Abcnamar.—Ser buen hijo y ser buen padre.
- (9) Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—El príncipe de Viana.
- (10) Rivera Indarte.—¡Ojos hermosos, llorad por mí!
- (11) Tirso de Molina.—El condenado por desconfiado.
- (12) Don José Zorrilla.—El molino de Guadalajara.
- (13) García Gutierrez.—Gabriel.
- (14) Don Esteban Echeverría.—Himno al dolor.
- (15) Don Tomas Rodriguez Rubí.—Quien mas pone pierde mas.
- (16) Moreto.—Travesuras con valor.
- (17) Don Bartolomé Mitre.—Canto á Mayo.
- (18) Espronceda.—El diablo mundo.
- (19) Delavignea.—Luis Onceno—trad.—de Gorostiza.
- (20) Don José María Cantilo.—La sensibilidad.
- (21) Don José Mármol.—A la muerte de don Adolfo Berro.
- (22) Id.—El peregrino.
- (23) Don Enrique Arrascaeta.—A una niña.
- (24) El duque de Rivas.—A mi hijo Gonzalo.
- (25) Don Jacinto Salas y Quiroga.—En un album.
- (26) Tirso.—La venganza de Tamar.
- (27) Don Antonio Gil y Zarate.—Un amigo en candelero.
- (28) Larra.—Macías.
- (29) Don Adolfo Berro.—El moribundo
- (30) Breton.—Un dia de campo.
- (31) Zorrilla.—La gran comedia del caballo del rey don Sancho.
- (32) Don Gerónimo Moran.—La ocasion por los cabellos.
- (33) Tirso.—La venganza de Tamar.
- (34) Ibidem.
- (35) Candamo.—Orlando furioso.
- (36) Infante don Manuel.—El conde Lucanor.
- (37) Virgilio.—Eneida.
- (38) Young.—On procrastination.
- (39) Lamartine.—Vers inscrits dans un album.
- (40) Casti.—Gli animali parlanti.
- (41) J. A. Otiveira.—A gloria.
- (42) Calderon.—El gran mercader del mundo.
- (43) Idem.—Casa con dos puertas.
- (44) Idem.—El mayor monstruo los celos.
- (45) Espronceda.—El Diablo mundo.
- (46) Echeverría.—La cautiva.
- (47) Salazar.—Elegir al enemigo.
- (48) Don José María Cantilo.—Canto á Mayo.
- (49) Mármol.—El peregrino.
- (50) Don Juan Carlos Gomez.—Oda á la libertad.
- (51) Rivera Indarte.—A tí.
- (52) Don Juan Carlos Gomez.—La nube.
- (53) Espronceda.—El diablo mundo.
- (54) Don Francisco X. Acha.—Una víctima de Rosas.

KYRIE ELEISON.

(1) Moratin.—El Filosofastro.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

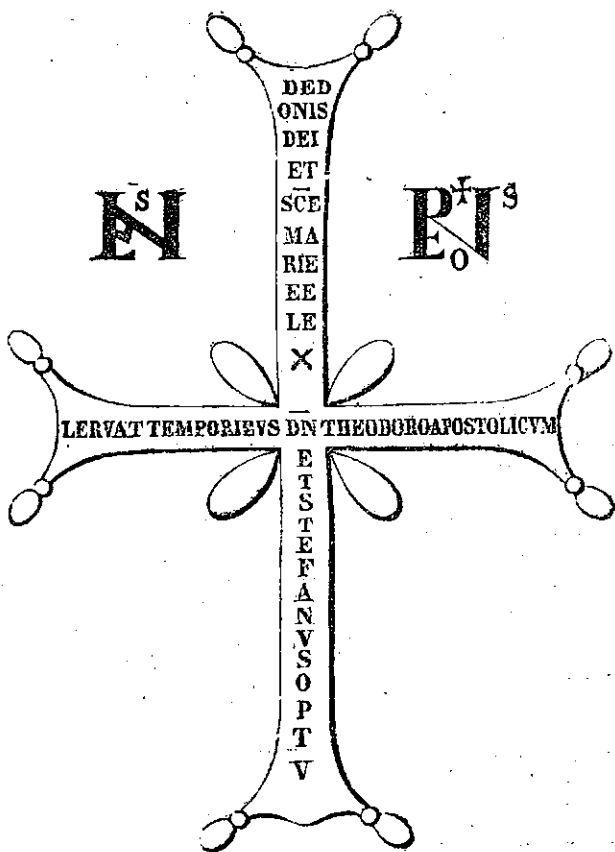
ANTIGÜEDADES.



Miniatura sacada de la crónica de Carlos VII de Francia.



Entrada de Juan de Monforte y su esposa en Nantes, copiado de un dibujo de aquella época.—1341.



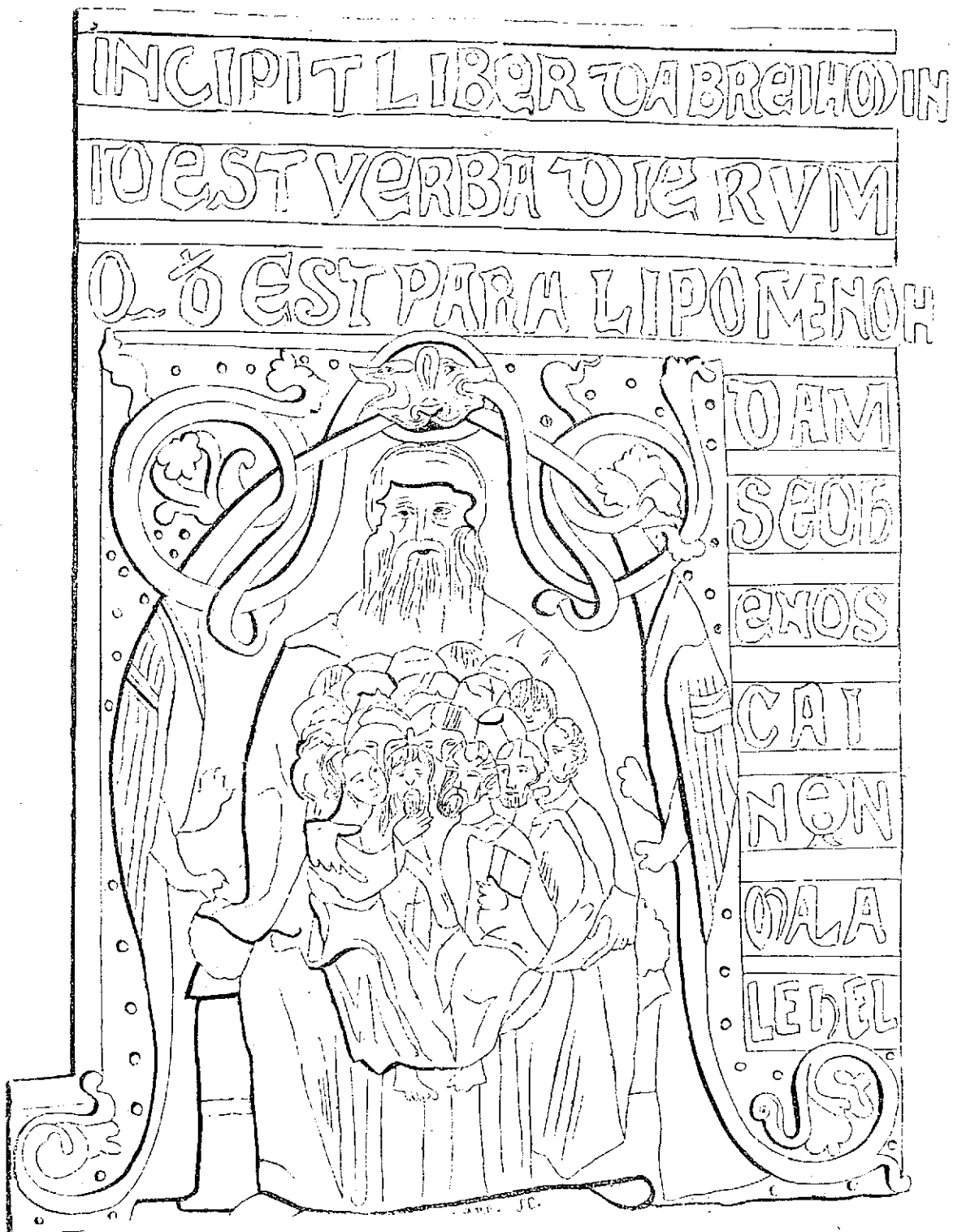
Monogramas.—Cruz de metal del baptisterio de San Vital de Rávena.



Pintura de un vaso antiguo encontrado en Etruria.

Qu nom du pere du filz du saint esperit de la glorieuse vierge marie de monseigneur saint denis patron de france. et de toute la beatitude celeste cy comance la romme du temps de nostre seigneur roy charles septiesme de ce nom roy de france. fait et compulsee par moy fere Jehan chadieu Religieux et chatre de leglise monseigneur saint denis de par le Roy mon seigneur

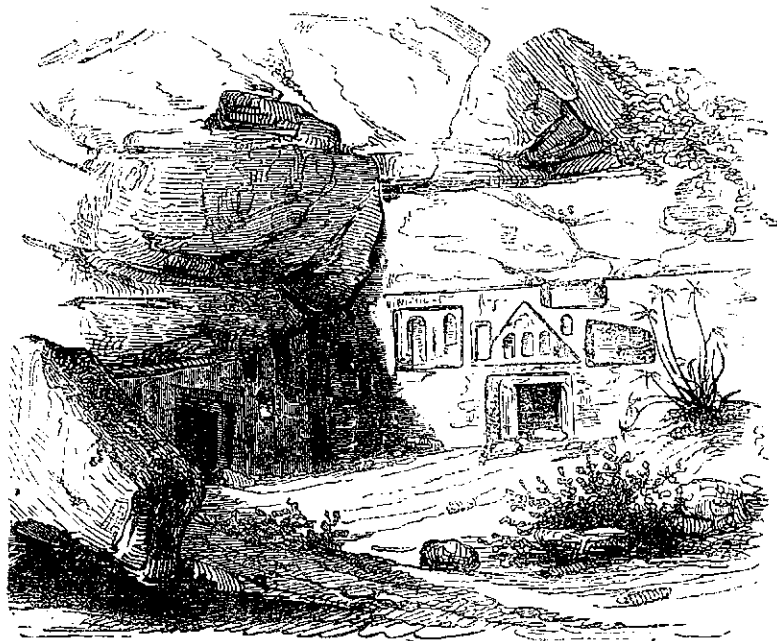
Esquille sacade de la crónica de Carlos VII por Juan Chartier, religioso de San Dionisio.



Biblia de Sauvigny, existente en la biblioteca de Moulins.—Letra A. Titulo y primer versiculo del Paralipomenon.



Casa de Pansa, en Pompeya.



Dos hipogeos funerarios en el valle de Koubechi.

LA ESTRELLA DEL SUD.

TOMO TERCERO.

CAPITULO I.

La llave.

Concluido el banquete, parte de los convidados se dirigió al jardín, y parte á la sala, disminuyendo poco á poco el número de los primeros que se fueron despidiendo, no bien creyeron poder hacerlo sin que se les tachase de groseros. Era algunas niñas cuyas mamás no jugaban, y algunos pobres águilas que obligados á renunciar al juego, por no tener con qué conquistar sus favores, se desataban en injurias contra él, y lo miraban como un robo disfrazado bajo la salvaguardia de una preocupación social perjudicialísima; como les sucede con los placeres del mundo á ciertos vicios alegres en su juventud, que, incapacitados por la edad y sus excesos, de seguir al diablo se entregan á Dios, y no dejan vivir ni gozar á los que están á su alrededor, semejantes á uno de mis parientes (Q. E. P. D.) á pesar que todavía no ha muerto, el cual afirma que este mundo es un valle de lágrimas; que la única satisfacción verdadera y el principal deber es adorar al Supremo Hacedor; y que estando hoy la juventud tan corrompida, conviene refrenar sus perversos instintos desde temprano, y con ayunos, encierro y disciplina domar el aguijón de la carne, y con oraciones, misas, y continuas amonestaciones elevar el espíritu al Señor.

Enrique, cumpliendo lo pactado con don Juan, á poco de haberse levantado de la mesa, llamó á su hermana y le dijo aparte:

—Manuela, me siento gravemente enfermo, vámonos.

—Pero hombre, contestó ella desazonada, ¿ahora te has ido á enfermar?

—Se me parte la cabeza de dolor, repuso Flores con un gesto que espresaba mas de lo que indicaban sus palabras.

—No es necesario por eso que nos vayamos, replicó la literata, puedes acostarte aquí...

—Necesito tomar mi pocion para el pecho que tambien me duele; ademas tal vez me sentarian muy bien unos baños de pies... y aquí... yaya, no quiero aguar la fiesta... en fin me ire solo, quedate tú....

—Eso no, te acompañaré, murmuró la solterona lanzando un suspiro; ¡ay! ¡habia pensado divertirme tanto esta noche!

—¿Cómo? si tú no juegas.

—He encontrado aquí un jóven muy instruido y recomendable, el cual no se parece á los de su edad y queria estenderme con él sobre varias consideraciones de estética.

Este jóven tan instruido y recomendable era el malaventurado Tedarra que, como recordará el lector, la habia estado escuchando sin pestañear mas de una hora no por ella sino por su sobrina; galante, juicio-so é inusitado proceder que habia enamorado tanto á la maniática señora, que pensó no bien se concluyese el banquete, volverle á tomar por su cuenta y no dejarle en toda la noche, creyendo que él no deseaba otra cosa, y lo agradecería en el alma, como artista y literato, esta prueba de deferencia y aprecio, esta marcada distincion que hacia de su capacidad, sobreponiéndole á la caterva de ignorantes que la rodeaban.

El amor fraternal venció su indomable deseo de charlar y filosofar. Resignóse, pues, á acompañar á su hermano, no sin echarle antes por via de resarcimiento ó compensacion un breve discurso de sesenta y ocho minutos, sobre la necesidad de ser parco y no abusar de los dones de la Providencia, escediéndose en la comida y en la bebida.

—La intemperancia, añadió, mas enfervorizada con el silencio de su hermano que como la conocia, la dejaba disparatar hasta que se cansaba, medio infalible para que despues accediese á todo lo que se le pedia; la intemperancia, en suma, es capaz de arruinar en pocas horas la mejor naturaleza, segun la opinion de Hipócrates, Galeno y el insigne Paracelso. Sobrecargado el abdomen de superabundante masa nutritiva, amalgamada en la forma sólida, líquida y gaseosa, el jugo gástrico y el pancreático, al derramarse por la traquiarteria, la aorta y el cæcum, llevan en sí principios morbosos, disolventes, heterogéneos, que no pueden menos de atacar el sistema celular y la médula oblongata. Si á esto se añade una gran dosis de bebidas alcohólicas y fermentadas, vienen las gastritis, las congestiones encefálicas, las clorosis y demas enfermedades cuyo motor principal, al decir de los primeros clinicos, reside en el humor purpúreo, venero de la llama vital desde ab initio, rico de materia colorante y fibrosa que el vulgo llama sangre. Créeme, querido Enrique, Uccide pira gente la gola che la spáda, y por eso, siguiendo el saludable y filosófico consejo de Fúdro;

Parcè gaudere oportet et semsin queri, Totam quia vitam miscet dolor et gaudium.

Flores se quedó en ayunas como siempre, aunque escuchó su elocuente y erudito discurso con la mayor atención, como si estuviese conforme en un todo con los desatinos garrafales y heregias médicas emitidas en él; y cuando llegó la oradora á las dos últimas citas, y la vió pararse para tomar aliento, aprovechó la coyuntura para ofrecerle el brazo y llevársela al coche que por su órden los aguardaba en la puerta.

—¿Y qué? preguntó ella admirada ¿no nos despedimos de Emirene ni de Serelar?

—¿Para qué?... mas vale, y ya les he dejado yo un recado con la nodriza... si lo saben no nos dejarán ir... ya conoces á mi hija... Créeme, marchémonos; porque sino, en cuanto sepan los convidados que estoy enfermo (se irán por política) y mis hijos... ¡vamos, no quiero quedarme!... Dejémoslos que se diviertan.

Doña Manuela volvió á lanzar otro ¡ay! sofocado, tomó el brazo de su hermano, bajó la escalera refundiando, y subió al coche exhalando un tercero y último suspiro.

Por el camino se desquitó volviendo al mismo tema de la intemperancia, y haciendo extensivas sus observaciones á otros puntos de higiene y de moral.

Antes de llegar á la casa de campo, Enrique empezó á decir que sentia un grande alivio, y cuando bajaron del coche ya se le habia quitado el fuerte dolor de cabeza. Nueva y brillante oportunidad, que no dejó escapar la literata, para probarle cuan fatales consecuencias suele acarrear el obrar á la ligera sin esperar antes el tiempo suficiente para poder formar un juicio mas exacto.

Tampoco Flores tuvo ahora nada que objetar á las luminosas y convincentes reflexiones de su hermana. Oyólas sin entenderlas, con su acostumbrada calma, y en seguida se despidió de ella y se acostó.

En la noche de las once.

A poco la solterona imitó su ejemplo. Apenas la sintió cerrar su cuarto, salió Enrique del suyo con gran cautela, llevando en la mano un látigo y unas espuelas.

En aquel mismo pino secular donde tuviera la conferencia con su yerno tres dias antes, encontró al negro capataz con el corcel de Emirene ensillado.

Cogió la brida, pasóse dos veces la mano por el cuello, y á imitacion de nuestros gauchos, saltó encima sin poner el pie en el estribo.

En cuanto pasó la zanja y se encontró en el camino real que conducia á Lima, hizo girar en sus flancos casi sin tocarle, la acerada estrella de sus grandes espuelas de plata.

Tupac-Amaru bajó y levantó la cabeza, aspirando y despidiendo el aire con un ardiente y prolongado resoplido, sacudiendo á la par, en un movimiento simultáneo, sus largas y ondeantes crines, parando las orejas, hiriendo el suelo con el casco y golpeándose los encuentros con la barbada del freno....

Entonces confiado el buen ginete Audaz las riendas le soltó, y veloz Cual desbordada mole que arremete lba el caballo de su sombra en pos.

En medio del silencio de la noche y de la soledad de los campos, al pálido y misterioso fulgor de la luna, siempre adelante, ¡adelante! como la yegua de Mazepa, mas rápido que un aerolito al cruzar el inmenso arco de la bóveda estrellada.

Volviendo á los convidados, entre cuyo número, apenas era de notar esta pequeña desercion, así como la de los enemigos del juego que se marcharon antes, quedaba un plantel muy respetable para la anhelada partida, obra del marqués y sus amigos, y á la que accedió don Juan sin dificultad por las razones indicadas antes.

Se habia marchado como si dijéramos la hez (1) de la reunion, y la flor y nata, es decir, los que llevaban los bolsillos atestados de onzas de oro, permanecian sobre el campo de batalla, esperando que se les reuniesen los rezagados del jardín para empezar la funcion.

Entre estos divagaba Emirene cogida del brazo del marqués, que no se habia separado de ella un instante, á poco de levantarse de la mesa, es decir, desde que ella volvió con la llave del pabellon que habia ido á buscar.

No se agarra la hambrienta sanguiuela al brazo del enfermo con tanta ánsia ni tenacidad, como Tedarra al de su víctima.—Y esta, que deseaba hacerle menos sensible el pesado chasco que acababa de darle, se prestaba á sus deseos con una gracia admirable.

El crepúsculo recogia su manto, y la luna llena se avanzaba por el Occidente, seguida de un ejército de estrellas, vertiendo raudales de luz y argentando el suntuoso jardín:—y aunque era imposible hablar dos minutos sin ser interrumpidos ni permanecer con este objeto en un mismo parage, sin ser notados, pues las parejas se cruzaban en todas direcciones, Emirene caminaba maquinalmente por donde le agradaba á su compañero, que por mas vueltas que daba no po-

(1) Se trata del bolsillo.

dia conseguir verse un instante libre de importunos.

En una de estas vueltas, cediendo al fin á su ruego, detúvose ella junto á una pequeña fuente que habia en un extremo del jardín, llena de raros y hermosos pececillos.

Apoyóse tristemente contra el dorso de un triton que la circuin, y tomando el baston del marqués, comenzó á agitar el agua para que saliesen los peces á la superficie, ó mas bien, para distraer así la atencion de los que pasaban y aparentar un pretexto que justificase su permanencia en aquel sitio.

—¿Sabeis, dijo el marqués contemplándola con embelleso, que nunca es mas bella una muger hermosa que vista á la incierta claridad de la luna?...

—¿De veras? preguntó Emirene paseando con disimulo sus ojos en derredor, como si quisiera cerciorarse que nadie los observaba.

—¡Oh! ¡sí! repuso él imitando su accion, nada mas seductor que el ver la plateada lumbre del astro del amor y del misterio reflejarse en un rostro angélico, haciendo resaltar el encanto de unos rasgados ojos árabes, el coral de una graciosa boca de mago, ó el terso brillo de una cabellera de ébano, cayendo en ondeantes rizos sobre una garganta y espaldas de alabastro.

Y en verdad que no mentia el astuto engañador; sus alabanzas lejos de ser exageradas eran todavia mezquinas y someras; y acaso por la vez primera de su vida, pretendia y conseguia engañar con la verdad.

Habíase Emirene adornado aquel dia con singular acierto. La sencillez de su vestido blanco, y la graciosa guirnalda de frescas y odorosas violetas con que habia tenido el capricho de ceñir su frente, hacian un vivo contraste con el magnífico collar de brillantes única prenda del aderezo y única alhaja que se puso mas por complacer á su marido y darle la satisfacción de que todos alabasen su generosidad, que por hacer ostentacion de su regalo. Pero, á los trémulos rayos de la luna, en medio de un espléndido jardín, al voluptuoso gemido de las brisas que bullian en el cáliz de las entreabiertas flores y al lánguido murmullo de las aguas que caian en arco de los surtidores inmediatos, aquel vestido, aquella guirnalda y aquel collar, prestaban á la bellísima criolla no sé qué hechizo fascinador.

Apoyada en el mármol de la fuente, desde lejos hubiérala tomado cualquiera por su nayade, y al acercarse á ella, por un ángel que perdido en el espacio, se hubiese detenido á reposar un momento en la tierra ó bien, por una de esas idealizaciones sublimes que en sus raptos de inspiracion, se forja el poeta, coronándolas con toda la ilusion, con todas las gracias, perfecciones que puede imaginar la fantasia mas poética y el corazon mas ardoroso y entusiasta.

Tal vez ella misma no sospechaba el mágico efecto que producía la contemplacion de su hermosura, en aquel momento y en aquel parage, cuando sin pretension ninguna de agradar olvidando su innata coqueteria, se abandonaba á los tristes presentimientos que venian á perturbar su alma, aun en medio de la algazara y de la alegría general; y hubieron de parecerle exageradas las palabras de su amante, porque fingió estar distraida y no haberle oido bien, y como él insistiese en que le diera su dictámen sobre el particular, se contentó con decirle en tono de amistosa reconvencion:

—Eduardo, sois muy lisonjero, muy exagerador.

—¿Lisonjero? preguntó Tedarra con una sonrisa que se traslucía su fatuidad, y el convencimiento de que la ingrata no era insensible al incienso que quemaba diariamente en sus aras: ¿lisonjero? ¿exagerador?... ¡Ay! os repito que nunca he notado en vuestra fisonomía una espresion tan interesante, ni tan irresistible magia en vuestros ojos. Parece que la guirnalda que rodea vuestras sienas es una aureola celeste, parece que una nube de ilusion os circunda y que el ámbar de las flores que embalsama este jardín le produce el suavísimo aliento que se escapa de vuestra preciosa boca.

¡Y bien, la llave!... añadió de repente con ansiedad, variando de tono, al notar que ninguno pasaba aprovechado esta ocasion... ¡Ahora! vamos...

Pero en vano estendió anhelante su brazo en demanda de súplica: la interpelada parecia mas bien buscar un refugio, que dispuesta á complacerle.

Así un perseguido deudor, á fuerza de astucia y ingenio engaña repetidas veces á su acreedor, hasta que al fin exasperado este, le pone en el caso de cumplir su última promesa apelando á la última estremidad; y entonces, el primero, aunque no puede ya evadirla trata todavia de dilatar el pago, y si esto no es posible, de disminuir al menos la cantidad que haya que entregar.

—¡Périda! ¡ingrata! dijo el marqués conociendo su intencion.—¿Todavía quieres engañarme?... ¿te bastaba la pesada burla que acabas de hacerme?...

Y Emirene sin responderle, mirando azorada el torno suyo, indecisa aun, estendióle la mano cerrada. Tedarra se la cogió velozmente, y casi á la fuerza la hizo soltar la llave.

Al mismo tiempo escapósele á Emirene un grito sordo, que ella se apresuró á sofocar, tapándose la boca con el pañuelo.

—¿Qué es eso? preguntó el marqués sobresaltado.

—¡Ah! respondió ella sin poder hablar, señalando con la mano hácia un cenador inmediato que dista-

doce pasos y que daba contiguo á las paredes del edificio.

Mas ligero que el rayo, lanzóse Tedarra al punto indicado.... pero no encontró á nadie ni vió nada que justificase el terror de su amante: volvi6se á la fuente y manifestó á Emirene cuan infundado era su miedo, suplicándola le descubriese la causa de él.

Repuesta aquella de su emoci6n, se encaminó con él al cenador, diciéndole al tomar su brazo:

—Al través de las hojas he visto dos ojos centelleantes y encendidos como dos brasas..... ¡Ay! Eduardo, alguien nos observaba..... ¿si seria mi marido?

—Imposible! señora, ¡imposible! exclamó el marqués con sequedad, creyendo que era una nueva farsa de Emirene para evadirse de su nuevo compromiso; imposible!.... En cuanto me habeis marcado al cenador he corrido hácia él mas rápido que una bala, y a menos que no sea brujo ó duende el que estaba aquí, necesariamente debí encontrarle, ó al menos verle tomar otra direcci6n..... ya lo veis..... no hay nadie... ha sido una ilusi6n vuestra....

—No ha sido una ilusi6n—dijo la jóven, entrando en el cenador y dirigiéndose á una puertecita incrustada en la pared y casi oculta entre las hojas de la tapizada entredadera que coronaba su recinto; la empujó con todas sus fuerzas, rogando á Tedarra que hiciera lo mismo.

La puerta estaba perfectamente cerrada y no cedió á sus dobles esfuerzos.

Entonces Emirene, un poco mas serena, pero no tranquila del todo, dijo á su amante:

—Don Juan solo tiene la llave de esta puerta; pero para venir ha. t. aquí por la parte opuesta, tendria que atravesar las caballerizas y el granero; de modo que si es él nos podemos desengañar al punto.... vamos á la sala, si no está allí yo me pondré en acecho en el pesadizo del corredor que conduce al pabell6n, desde donde le veré pasar sin que me vea.

Dominado el de Araure por el tono de verdad con que se expresaba, empezó á temer que fuese cierto lo que afirmaba, aunque él no atinaba á explicárselo. Con todo, para que no se amedrentase, insistió con mas fuerza en que habia sido una ilusi6n, manifestándole con razones muy poderosas, que era un desatino creer que don Juan los espiese cuando no tenia la mas mínima sospecha, acabando por persuadirla que su ánimo preocupado con la idea de su esposo le hacia ver su imagen en todas partes.

—Puede ser, dijo Emirene con recelosa tristeza—en todo el día le he tenido presente: su recuerdo no me abandona un solo instante.

—He aquí, señora, contestó el marqués—el resultado de las preocupaciones y los efectos de una educaci6n supersticiosa. Estais inocente y pura como los ángeles, y os ruborizais de lo que vos calificais de una imprudencia, y que yo llamo un rasgo de benignidad y nobleza, acaso de estricta justicia, sino temiera ofenderos: pues nada mas natural y lógico que cumplir las promesas que se hacen: y en caso contrario, manifestar los motivos que nos impelen á obrar de otro modo.

Emirene miró fijamente al locuaz y oficioso consejero, y bajó los ojos con una expresi6n de arrogancia y tristeza tan marcadas, que él resolvió guardar silencio, temeroso de lastimar su susceptibilidad, y no hablar hasta que ella le dirigiese la palabra.

Habia leído en su rápida y espresiva mirada la dolerosa resignaci6n de una mujer virtuosa; pero combatida por el temor y el deseo de salir á todo trance de la posici6n equívoca y arriesgada en que la habian colocado sus imprudencias.

El, como buen veterano, sabia que nada es mas perjudicial en casos tales, que empeñarse en llevarles la contra. Entonces son implacables y desaucian sin piedad al que no tiene estrategia ni paciencia para esperar la reacci6n del principio malo sobre el bueno. Una vez soltadas las especies, para no cantar la partitura ó dar su brazo á torcer, como dice el vulgo, aunque deseen lo contrario, son capaces, si, son capaces de perseverar y de mantenerse en sus trece, mas firmes que una roca á la furiosa embestida de las embarrascadas olas.

—¡Las olas!... á propósito, ¿dónde se encuentra un trasunto mas fiel del carácter de la mujer?... tan pronto apacibles y serenas, estendiéndose mansamente en la arenosa playa, tan pronto alzándose en montañas de espuma, y agrupándose unas encima de otras, como si quisieran, nuevos Titanes, escalar el firmamento; ya gimicando con lánguido murmullo y salpustuoso arrullo (maldito consonante que me obligas á murmurar y á hacer arrullos, invadiendo los fueros de los venenos) ya atronando el espacio con sus horribles rugidos, que resuenan acordados como la salvaje armonía de una orquesta infernal; ora acariciando los costados del bagel y empujándole suavemente al suspirado puerto, ora embistiéndole furibundas hasta precipitarle implacables en las profundidades del océano....

Eso hacen las olas, señores, y al buen entendido.... Vosotros aplicareis el similit, yo no quiero buscar todos los puntos de contacto entre los dos objetos comparados.

Las mujeres me inspiran lástima, y aunque ellas no la tienen siempre del que les pide

¡Una limosna por amor de Dios!

Yo me siento desarmado apenas se trata de tratarlas

mal. La caridad nos ordena ser piadosos con nuestros hermanos, pues como afirma un poeta á quien profeso singular predilecci6n.

De una madre nacimos

Los que esta comun aura respiramos,
Todos muriendo en lágrimas vivimos
Desde que en el nacer todos lloramos.

¿Por qué pues nuestras hermanas no nos tratan con la dulzura, con la franqueza y confianza de hermanos? ¿Por qué nos rechazan frecuentemente con tanta inhumanidad y dureza?

CAPITULO II.

Las confidencias de una amiga.

Al llegar á la antesala, vió Emirene cruzar por el fondo á don Juan hablando afablemente con Nadaal, y sin poder contener su alegría, volvi6se al marqués que parecia abismado en sus reflexiones, y le dijo con una precipitaci6n y regocijo verdaderamente infantiles:

—Teniais razon, Eduardo, me habia engañado... No perdamos tiempo; hagamos lo que os previne, entraremos juntos en la sala; os despedireis con cualquier pretexto, advirtiéndoles que volveis al instante, bajaréis la escalera, y....

—En vez de salir cruzaré el primer patio, pasaré sin que me vean por el segundo, y ganaré el pabell6n en menos tiempo del que se necesita para confesar que no hay en todo el universo una mujer mas bella y mas generosa que mi adorada, y sublime, y encantadora y....

—Si: mucho... dijo Emirene interrumpiéndole igualmente con fingida modestia, como si no le agradase el lenguaje ponderativo y apasionado de su adorador: no caé! ¡is victoria antes de tiempo....

—¿Qué! ¿no ireis? preguntó él asustado. Sonrióse Emirene con malicia, pues frecuentemente habia tenido ocasiones de observar la facilidad é imbécil confianza con que nosotros, los hombres, damos rienda á la fantasia y espuela al deseo, apenas la mujer que amamos ó desamos, se digna dejarnos acariciar cualquier esperanza que está en su mano transformar en realidad: al paso que no bien se enoja ó finge enojarse, nos arrojamos en el extremo contrario, caemos en la desesperaci6n con la misma estúpida facilidad y pueril candidez. En esta parte la mujer menos ducha lleva muchas ventajas al hombre mas esperimentado.

El gesto cómico con que el asendereado galán acompañó sus palabras, escitó, pues, el buen humor de la amable coqueta, que quiso volver á su pecho la esperanza, diciéndole con una de aquellas sonrisas que para un enamorado, admiten mil interpretaciones á cual mas satisfactorias:

—Antes de diez minutos estaré con vos en el pabell6n.

Entraron en la sala, y despues de dejar á su compañera en el sofá con su amiga Pilar, Tedarra para hacer menos notable su partida, se acercó á un grupo en que estaba Arturo, le hizo una seña y salió con él, pretestando que, con la precipitaci6n de su viaje que debia realizarse al día siguiente, habia olvidado dar sus instrucciones á su mayordomo sobre un asunto de grande importancia en que se empeñara esa misma mañana.

Don Juan, que se paseaba con Nadaal en la antesala, se dirigió hácia donde estaba Emirene al mismo tiempo que Terrada pasaba el umbral.

Tendi6le este la mano con una sonrisa afectuosa á la cual correspondió el buen hombre con otra igual, preguntándole cariñosamente por qué se iba tan pronto.

—Vuelvo al instante, contestóse su falaz amigo. —Pues no tardeis, añadió el primero con interés.

Esta escena, insignificante para los demas, tranquilizó del todo á Emirene sobre la aventura del jardín; si bien nuevos temores de otro género la asaltaron, respecto de la próxima entrevista del pabell6n, no obstante que pensaba tomar sus medidas para evitar entonces y en adelante cualquiera brusca insinuaci6n de su rendido adorador.

Una de ellas era proponer á don Juan esa misma noche, y derramar la voz entre sus amigas que habia resuelto ir á pasar una temporada con su padre á una de las haciendas de su esposo, bastante lejana de la capital. Capricho que nadie estrañaria, porque ya en otras ocasiones habia hecho otras escursiones semejantes, y era conocida de todos su afici6n al campo y á las bellezas de la naturaleza.

Contaba de antemano con el beneplácito de su marido y de su padre, que, segun ella creia, habia venido únicamente para celebrar el cumpleaños de aquel, y debia partir al día siguiente á la quinta de que ya era propietario.

Ignoraba ella que hacia cerca de una hora habia partido con su tia para volver á media noche.

El principal objeto que se proponia con esto, era obligar al marqués á que se marchase, quitándole toda esperanza, si como temia, retardaba él su viaje, con la ilusi6n de conseguir mas tarde el cumplimiento de su promesa.

Empezó por confiar su designio á la condesa de Abancay, segura de que este era el medio mejor para que al otro día se supiese en todas partes.

Esta, que estaba un tanto picada, tal vez de envi-

día y despecho, porque no habia podido obtener que su marido la comprase el magnífico collar que ahora veia brillar en la garganta de su amiga, aprovechó esta oportunidad para hacerla una de esas confidencias que bajo la capa de la amistad y de la franqueza, tienden á humillar nuestro amor propio y á darnos una dura eleccion, diciéndonos en tono de chanza alguna amarga verdad. Ruin medio de vengarse á que apelan siempre las almas débiles y traidoras: arma alevé que saben manejar con singular destreza los viejos y las mugeres murmuradoras que cuentan tantos años como cuartos una peseta columnaria.

—Haces bien, hija, en divertirme, dijo la condesa abanicándose, cuando hubo escuchado la relaci6n de Emirene; pero te confieso que tus caprichos son á veces muy estravagantes, y si he de hablarte con franqueza, muy plebeyos. No me quieres decir qué diversion hallas en una posesi6n de campo aislada, distante mas de veinte y cinco leguas de la capital, y lo menos dos de otra cualquier habitaci6n humana, metida entre negros é indios, ingenios de azúcar, cafetales, plantaciones de tabaco y algod6n, y sin mas sociedad que la de tu padre?....

—¿Qué quieres? Me fastidia á veces el tumulto y la vida agitada y frívola de la ciudad. Todo cansa, querida Pilar, y luego, yo tengo verdadera afici6n al campo....

—Si: me acuerdo del año pasado cuando fuimos á los baños del Inca (1). Te gusta contemplar el sol en nuestras interminables soledades, saliendo tras las montañas ó dorando con sus últimos rayos las copas de los bosques lejanos: te gusta pasarte las horas enteras con un libro en la mano, sentada á la sombra de un seibo ó otro árbol secular: pasearte por las mañanas á lo largo de los cafetales, oyendo el canto de las aves; ó al fulgor de la luna, cerca de alguna cascada, ó por algun bosquecillo de tamarindos y naranjeros.... ¡oh! eso será muy poético si quieres, pero para un día ó dos, y con algun afectuoso amigo que nos haga observar y apreciar mejor tantas bellezas: pasado ese periodo y sin el consabido *ad latera*, para mí maldita la gracia que tiene el sol, la montaña, los bosques, el seibo, los libros, la luna, la cascada, ni el bosquecillo de tamarindos y naranjeros....

—En fin, no seas intolerante; todos los gustos no son iguales, mi principal objeto es estar con mi padre, y cuando mi marido no lo toma á mal....

—¿Tu marido?... ¡Bah!... ¡buen tontol!... el buen hombre... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!....

—¿De qué te ries, Pilar? preguntó Emirene medio resentida por el tono burlesco, y sobre todo por la intempestiva carcajada de su amiga.

—Vamos, no te enfades; repuso ella con un aire de familiaridad é ironía, que irritó mas la susceptibilidad de la bella ofendida;—me rio involuntariamente porque se me viene á la memoria cierta confidencia que acabo de escuchar sobre tu marido, y que á la verdad es muy honorífica para él.

—Esplicate, si quieres que te entienda.

—¿Sabes, perla mia, que abusas ya demasiado de su bondad y cariño? cualquiera diria que solo piensas en arruinarle....

—¿Por qué?... preguntó ella con ansiedad, acordándose del aderezo y presintiendo que su esposo habia hecho algun gran sacrificio para complacerla.

—Has de saber—continuó la condesa—que don Juan ha vendido á Nadaal hace tres dias una contrata con S. M. por menos de la tercera parte de su valor para comprarle las alhajas que te pediste.

—¿Cómo ha llegado á tu noticia?

—¿Qué curiosa eres!

—Dimelo... te lo ruego... ¡lo exijo!

—Poco á poco....

—¡Retírennos!

—¡Jesus! ¡qué genio tan vivo tienes! te lo diré, muger; pero prométeme que tendrás la discreci6n que yo no he sabido guardar, ansiosa de darte un buen consejo, porque te quiero, porque soy tu amiga, y....

—Bien: luego oiré el serm6n, acaba.

—Tú no ignoras que Nadaal me hace la corte....

—Si: y tú le correspondes.

—No tal! me divierte con él, porque es un zote de marca mayor.

—Y te ha dicho....

—Hablándole yo de lo hermosa que estabas con el collar, me contestó meneando la cabeza: que hacias bien en lucirlo, porque le costaba bien caro á tu marido.

—¿Eso dijo?

—Y añadió que sospechaba, aunque no lo sabia de cierto, que las referidas alhajas fueran la causa de un buen negocio que habia realizado tres dias antes.

—¡Usurero!

—Entonces picada mi curiosidad le supliqué me diese algunos detalles y me rebrió de pé á pá cuanto podia desear.

—Quiero saber esos detalles.

—Me encargó el secreto advirtiéndome que si esto se traslucia, podria padecer el crédito mercantil de don Juan....

—¡Ah! entonces calla, exclamó Emirene bajando la voz y poniéndole la mano en la boca, calla, ya me lo contarás en otra ocasi6n: y como herida de una idea repentina, añadió dirigiéndose á la puerta:

—Vuelvo al momento.

(1) Pequeña aldea á una legua de la ciudad de Caxamarca, cuyas aguas termales gozan de gran popularidad.

El recuerdo del marqués que la estaba esperando en el pabellon, cruzó por su frente en el mismo instante que el tierno y delicado proceder de don Juan hacia rebosar su corazón de entusiasmo y gratitud, y fortalecida por este sentimiento, se sintió con dobles fuerzas para cumplir su palabra, desengañar á Tedarra, y si no cedía á la razon, romper definitivamente con él.

Mientras llega al parage de la cita, examinemos los piadosos pensamientos del Excmo. señor y lo que hacia, esperándola; y echemos una ojeada sobre la localidad en que va á tener lugar el curioso y fashionable episodio que formará el grandioso é interesantísimo capítulo marcado con el número IV.

(Se continuará.)

EPISODIO HISTORICO.

FELIPE V Y EL PAPA CLEMENTE XII.

Dignidad española.

Ninguna nacion mas católica que la España, y ninguna tampoco que mejor haya sabido conservar su dignidad. Enorgullecida la corte romana con la impolitica herencia que la legaron los Carlovíngios, quiso establecer por dogma en el mundo cristiano que, asi como no habia mas que un Dios, no debia haber mas que un representante de su divino poder que ejerciese el de la tierra, al que debieran acatar los pueblos y las testas coronadas. Ese indefendible maridage de las autoridades temporal y divina, ese doble poder intruso, no se ha respetado en España ni aun en los tiempos de su mayor fanatismo religioso.

Carlos V que salvó el cristianismo en Europa, mandó á su ejército á Roma, y la cercó, y la asaltó y la conquistó.

Su hijo Felipe II que ha recibido de muchos el sobrenombre de *rey Santo*, imponia su voluntad á la corte pontificia, y la dispensaba favores á la par que la quitaba privilegios.

El tercero y cuarto de los Felipes, y el último y enfermizo rey de la dinastía austriaca, vivieron en armonía con Roma transigiendo con sus abusos, que ni se cuidaron de estrípar ni de impedir la decadencia de la inmensa monarquía que heredaran de Felipe II.

El primero de los Borbones tuvo que conquistar con las armas la corona de que habia tomado pacifica posesion; pero aun despues de asegurada, nuevas luchas y nuevos disturbios, aunque fuera de la Península, tenian en continua actividad el espíritu guerrero del monarca.

II.

Nuestra dignidad ultrajada.

En medio de la perturbacion política en que se halló la Europa,—1732—1736;—combatíendose en Polonia por derechos de sucesion; en Alemania é Italia por ambiciones; en Nápoles y Sicilia por conquistar un trono al que vino desde él al de España, y hasta en Portugal disputándose la adquisicion de la colonia americana del Sacramento, se vió el hipochondriaco Felipe empeñado en una grave cuestion con el soberano pontífice de la cristiandad.

No de muy buen talante se hallaba una mañana el rey conversando con la reina sobre su no gustosa adhesion á los preliminares de Viena celebrados entre el Austria y la Francia, cuando se presenta en la real cámara Patiño con varios pliegos en la mano, y diciendo al rey:

—Perdonadme, señor, si vengo á interrumpir: la dignidad nacional lo reclama.

—¿Quién ultraja la dignidad española? preguntó el monarca, desmintiendo en este momento su constante impasibilidad.

—El papa, señor.

—El papa! esclamaron á un tiempo SS. MM.

—El papa, si, el papa Clemente XII, que ha dejado asesinar á los soldados españoles. Vean VV. MM. los pliegos que acabo de recibir; y empezé á presentarlos, diciendo al mismo tiempo: Aquí, en este, señor, escribe el representante de V. M. en Roma, que en una comocion popular fueron asesinados los agentes españoles comisionados para enganchar soldados en la capital del orbe cristiano: en este otro pliego los mismos sucesos en Velletri, habiéndose visto precisado un destacamento á salir de la ciudad y retirarse á Roma.

—Y bien... ¿Envía el papa alguna satisfaccion?

—Ninguna, señor.

—Ninguna!

—Hasta ahora no se ha recibido, ni aun en la nunciatura.

—Pues despacha al instante un correo pidiéndola con energía y con respeto. ¿Entiendes?

—Comprendo, señor.

—Y hablarás...

—Como hablar debe el monarca de dos mundos al delegado de Dios. Voy á escribir al punto si me permiten VV. MM.

—Si, marcha.

Y salió Patiño con mas precipitacion que habia entrado, á estender la enérgica reclamacion que dirigió al papa.

Al mismo tiempo que hacia esto Patiño, mandó llamar el rey al ministro de la Guerra, por consejo de la reina, y en la misma régia cámara se espidieron órdenes terminantes al general del ejército de Italia, para que ordenara á los destacamentos de los estados de Roma se reunieran en los puntos mas defendibles y estuvieran prontos á entrar en campaña, en union con el resto del ejército esparcido en Italia.

Estas órdenes llegaron á Roma al mismo tiempo que la reclamacion que escribia Patiño.

III.

Nuestra dignidad vengada.

En vano esperaba la corte de Madrid la satisfaccion pedida; en vano se habian repetido las comunicaciones y se habia ordenado al embajador la remision inmediata y pronta de la contestacion del papa; no llegaba y en breve se supo la negativa.

Felipe V, que aunque francés de nacion tenia alma española y se habian identificado sus sentimientos con los de sus leales ciudadanos, sonrojóse el rostro de noble indignacion, y no quiso abrir los pliegos que le enviaba su embajador en Roma sino delante de los ministros y de los principales personajes de la corte. Reunidos en su cámara y estando presente la reina dirigióles la palabra en parecidos términos.

—Nunca es mas grande una monarquía que cuando sabe hacerse respetar; y la España, que ha ido conquistando en estos últimos años su antiguo y perdido ascendiente, se halla á punto de ser humillada por quien debiera lisongearla. Roma, señores, que recibe el quinto de nuestra riqueza, nos da en cambio asesinos que ejercen su villano oficio en los españoles: Roma, que debiera secundar los deseos de la monarquía mas católica del mundo, se opone á las armas cristianas y prefiere á estas los ejércitos austriacos, aunque sean protestantes. Pero respetemos sus derechos; mas defendamos los nuestros.—Ya sabéis el ultrage que nos ha hecho Roma y que hemos perdido una satisfaccion; pues se ha negado... Si, se ha negado...—Sosegaos, añadió notando el disgusto que causara esta declaracion... esta negativa debe alegrarnos, porque tenemos cuentas pendientes con el papa; pero de ello trataremos luego; en tanto vais á oír estas comunicaciones.—Esta es del embajador... leed, mandó al ministro, y leyó este la siguiente carta del embajador.

—Señor: en cuanto recibí la comunicacion de V. M. C. mi augusto amo, solicité con urgencia una audiencia del papa, que no me fué concedida hasta dos dias despues, entreteniéndome con pueriles excusas: vi al fin á S. S. y traté de esponerle la ofensa que habia recibido V. M.; pero molestábase esta conversacion, que me hacia variar, hablándome con el mayor cariño de lo mucho que se interesaba por la felicidad de la católica España. Impaciente yo por atarle en esta conversacion y haciéndose ya larga la audiencia, me despedí de S. S. sin pedirle la bendicion, que dió de su voluntad, no sé si buena, porque le dejé entonces la comunicacion de V. M. diciéndole que el rey católico, mi augusto amo, me mandaba enviarle al punto la contestacion de S. S. Sin responder á esto me dejó marchar. . . . He esperado inútilmente la contestacion y he conseguido saber que no la da, lo que participo á V. M. por correo especial.

—Ahora, dijo el rey, leed esta carta del general del ejército.

—Señor: al recibir las órdenes de V. M. se cumplieron, y el honor nacional está vengado. El destacamento que tuvo que abandonar á Velletri ha regresado á él con nuevas fuerzas, levantaron horeas en los mercados, prendieron á cuantos habian tomado parte en la última comocion; se permitió al soldado algunas represalias, y se impuso y cobró una contribucion de 8,000 escudos como indemnizacion necesaria. Otro destacamento exigió idénticas contribuciones en Ostia, y otro impuso 50,000 escudos á los habitantes de Palestrina. Se han guarnecido estas plazas, lo cual ha disminuido algo el grueso del ejército destinado á arrojar de Italia á los austriacos y asegurar para siempre las coronas de los muy amados hijos de V. M. don Felipe y don Carlos, quien tiene dispuestas en la frontera de su reino de Nápoles las tropas que han de auxiliar al ejército de V. M....

En el semblante del rey y en el de todos los españoles que le rodeaban podia leerse la satisfaccion producida por la última carta, que fué el paliativo de la anterior, tan desagradable.

El general habia interpretado fielmente los sentimientos del monarca y esto produjo su contento.

IV.

Tres célebres decretos.

Apenas se habia terminado la lectura, dijo el rey:

—¿En virtud de lo que acabais de oír, puedo despedir de Madrid al nuncio del papa?

—Si, contestaron todos unánimes, y entusiasmos con tan valiente proposicion.

—¿Puedo cerrar el tribunal de la Rota? continuó el rey.

—Si, y prohibir la entrada en España al que venga á reemplazarle (1).

—¿Puedo tambien suspender el pago de todos los tributos que se envían á la corte de Roma?

—Y someterlo al consejo de Castilla para disminuir tan inmenso gravámen, añadió Patiño.

Acto continuo mandó expedir el rey los tres decretos que prescribian.

1.º La espulsion del nuncio.

2.º La interdiccion del tribunal de la Rota.

3.º La suspension del pago de todos los tributos que se enviaban á la corte de Roma.

El pueblo madrileño, eminentemente católico, pero dignamente nacional, recibió con extraordinario júbilo medidas tan enérgicas, y agolpóse á los alrededores del palacio de su rey como para demostrarle que, quienes no le habian abandonado cuando el austriaco dictaba leyes con la espada en Madrid, no le abandonarían aunque le combatieran todos los ejércitos del mundo.

Siempre han secundado los pueblos el enérgico patriotismo de sus reyes; y no ha sido España en todos tiempos la menos pródiga en derramar su sangre por defender á sus monarcas.

El rey, la reina, Patiño, Campillo, y lo principal de la grandeza española se hallaban en palacio, cuando el pueblo acudia en tropel victoreando los decretos.

Asustóse la reina de aquella vocería, cuya causa ignoraba, y al oír á Patiño el motivo de la aclamacion popular, la dijo con ese language de satisfaccion que produce un triunfo conseguido.

—Nada temais, señora, es el pueblo que viene á rendir á VV. MM. la ovacion que se merecen... es el pueblo que no consiente ver ajada su dignidad, y viene á demostrar su gratitud por los decretos que acaba de expedir S. M.

—Bendito pueblo, esclamó Isabel Farnesio conteniendo apenas las lágrimas que se agolpaban á sus ojos... Comprendo la grandeza de estos españoles, el amor que tienen á sus reyes cuando derraman gustosos su sangre en extraños países por asegurar las coronas de mis hijos... ¡Oh! yo los bendigo y Dios los bendecirá tambien aunque el papa nos maldiga.

—No es contienda religiosa la que con el papa tenemos, dijo el rey con su acostumbrada gravedad. Pero si hiciera tal la de los tributos que le pagamos, pondré entredicho con Roma, porque no necesitan más vasallos unas bulas que son interesada mercancía.

—Mengua es, señor, añadió Patiño despues de tomar la venia de S. M., que se conceda al dinero lo que se niega á la virtud; mengua es, señor, que se consentan las *cédulas bancarias*, y es mengua, señor, que en medio de los apuros en que se halla nuestra empuerada hacienda despues de tantas guerras, marche á Roma galeones de oro á cambio de concesiones de lo que son derechos en España y se nos vende como mercedes. Pidamos, señor, su renovacion, pidamos un concordato...

—Y para que vea la Europa que el papa quiere desagraviarnos y lisongearnos, se le pedirá el capote de cardenal para el infante don Luis, dijo la reina interrumpiendo á Patiño.

Todos acogieron con unánime aclamacion las proposiciones; rebolándose al mismo tiempo la vocería exterior que pedía la presencia del rey, que se presentó acompañado de su esposa, de los ministros de los grandes á recibir la entusiasta ovacion de un pueblo agradecido.

V.

Un cardenal á los diez años.

En tanto que corrían á Roma las comunicaciones de la corte de Madrid, el ejército español conseguido en Italia señalados triunfos sobre el austriaco, lo cual aumentaba el ascendiente político de Felipe.

Recibió el papa Clemente XII los pliegos de Madrid y al punto conoció la falta en que habia incurrido, colocándose en una posicion de la que no podia salir á rosario.

No era la cuestion solo con España, lo era tambien con Nápoles, cuya corte imitó á la del monarca español.

El papa reunió al punto á los cardenales: presentóles el pliego de Felipe, y temiendo aquellos prelado la pérdida de los tesoros que les enviaba España; consistia en la tercera parte de lo que recibia Roma del resto del mundo cristiano, opinaron unánimes apagar al rey católico dándole cumplida y amplia satisfaccion, el capote de cardenal al infante don Luis niño de diez años, y á fin de lisongear á la corte española conferir al mismo tierno infante la administracion del arzobispado de Toledo. (2)

Tal fué el desenlace de aquel célebre acontecimiento en que tan dignamente obró el monarca español.

Su hijo Fernando VI siguió las gloriosas huellas

(1) Felipe V decretó que se despachase un correo á Valentia Gonzaga, nuncio electo, prohibiéndole entrar en el reino hasta tanto que se diese á S. M. la conveniente satisfaccion.

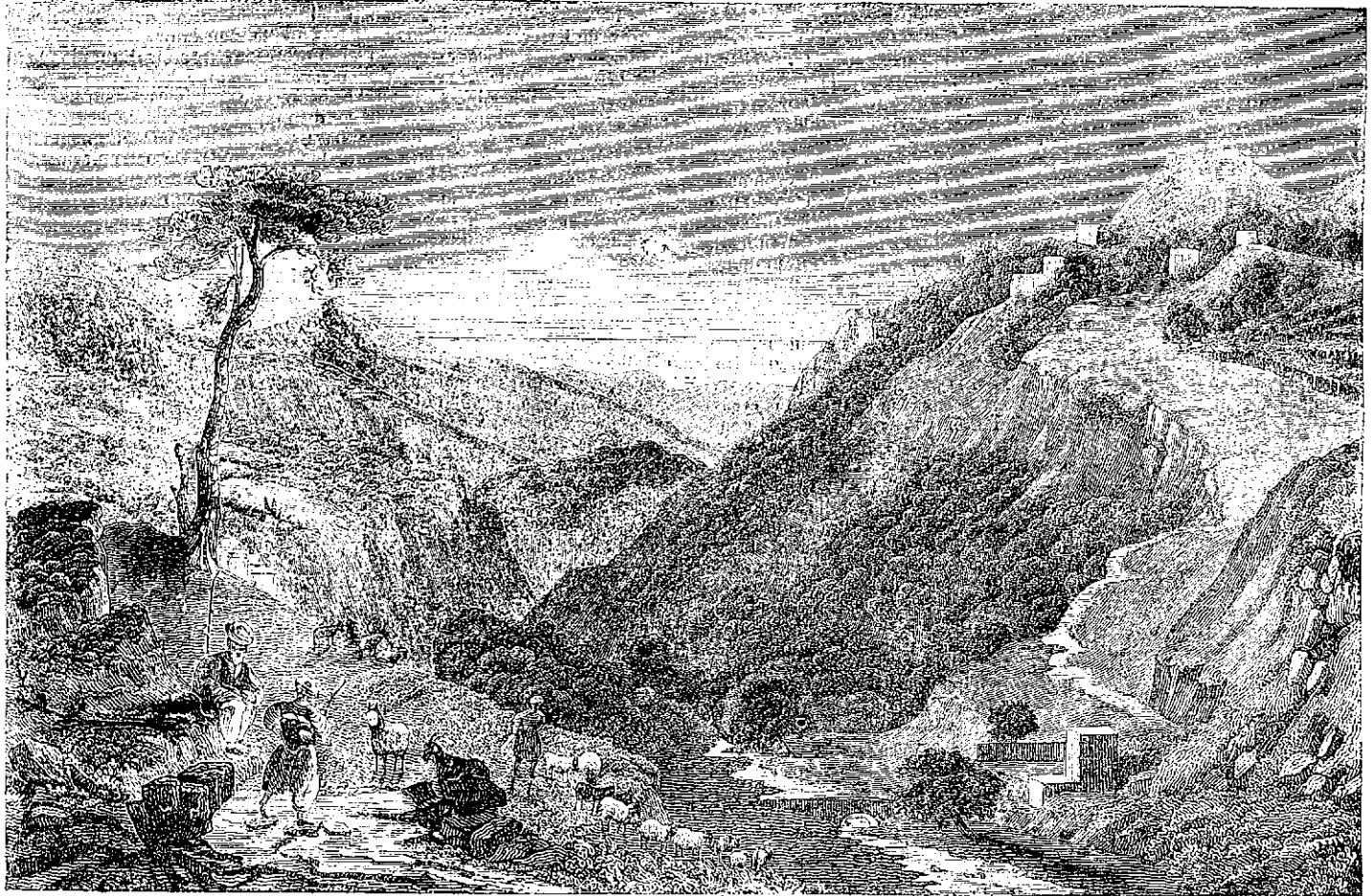
(2) El infante don Luis fué creado cardenal del orden de diaconos en el consistorio celebrado el 19 de diciembre de 1717 con el titulo de *Santa Maria della Scala*. Se le confirió tambien con la administracion del arzobispado de Toledo el título de alcaide real eminentísimo.

de su padre, y fué aliviando la pesada carga de impuestos que se enviaban á Roma.
 Carlos III no se detuvo en este honroso camino, y hasta llegó á obligar al papa decretara la abolición de las jesuitas.
 Con este monarca murió el poderío que íbamos conquistando en Europa. A la par que disminuía nuestro poder, se aumentaba la influencia teocrática, y la historia nos enseña con hechos indestructibles que el predominio teocrático se eleva sobre las ruinas de los pueblos.

A. PIRALA.

LA ALDEA DE EDEN.

La aldea de Eden, en la cresta de los montes del Líbano, es cual un nido de águilas, colocado entre el cielo y la tierra, como un perdido centinela observando los cedros eternos, cuya sombría masa se colimba en la contigua colina. En aquellos lugares estuvo el jardín de Eden, según una remota tradición;



Vista de la aldea de Eden.

numerosos rebaños pastan en la cima de las verdes montañas, y de cuando en cuando se oye la voz de los pastores, cual si saliera de lo alto de los cielos. Es notable la salubridad del clima de Eden durante la mayor parte del año, siendo en el tan elevada la temperatura en el invierno, que los habitantes se ven obligados á hajar á la aldea de Zarti. Eden es el Bañeras del Líbano; á ser su acceso tan fácil como el de los Pirineos ¡qué multitud de curiosos y de enfermos curarían sus pintorescos campos!
 Los numerosos monasterios de las cercanías ofrecen un asilo, y consuelan la vida monótona de las montañas, con la sociedad de algunos religiosos, con el uso de sus bibliotecas y la hospitalidad de sus rectorios. Es tan notable el país por el inmenso número de sus moreras, como por sus palmeras el Egipto. La forma de sus cabañas con sus techos redondos, recuerda probablemente á una época lejana de la historia del mundo; echan sobre el liso techo tierra que endurecen por medio de un rodillo, á fin de que no pesquen en los aposentos las lluvias tan frecuentes en aquellas regiones. Así es que crece fácilmente la yerba, en aquella superficie, y á ella hace alusión el poeta como cosa que nada vale: «Semejantes sean á la yerba, que en los techos de las casas se marchita antes de su madurez» esclama David. El suelo de las montañas, tan ricas para el botánico, está cubierto de innumerable cantidad de plantas odoríferas, cuyo perfume embalsama el aire al caer el sol.



CAUSA CELEBRE HISTORICA.

CARLOS I, REY DE INGLATERRA,

condenado á muerte por sus súbditos.

No conocia en tanto límites el prestigio de Cromwell, á quien se debía únicamente, y se atribuía la victoria. Receloso de su ambición el parlamento, le postergó á Fairfax en el mando del ejército, de que le nombró segundo jefe. Adorado de sus soldados, era en realidad su capitán único.

Tanta sangre costó á los rebeldes el triunfo, que el parlamento requirió á los oficiales se le presentasen á justificarse. La comparecencia de Cromwell fué una ovación entusiasta que afirmó su superioridad. A su paso á las cámaras gritaron las tropas y el pueblo: «Que era su padre, el protector de la verdadera religion y el defensor de la libertad; y que tendria por enemigos á todos los que se atreviesen á sospechar de él.»

Intimidado el parlamento, lejos de pedirle cuenta

cion de Akata, á quien hizo falsas confidencias, muy fueastas por cierto á los realistas, y se hizo dueño de sí mismo.

El gran golpe de política de Cromwell fué el uso que hizo del ejército para establecer su autoridad sobre la de Fairfax, y la del parlamento. Idolo de las tropas, árbitro era de su voluntad. Cada regimiento nombró á su propuesta un procurador que le representase ó hiciese valer sus intereses.

Encontrado estaba entonces el ejército con el parlamento de quien queria dos cosas; que se abstuviese de conocer de las causas militares, propias del consejo de guerra, y que se derogasen las antiguas leyes que le prohibian ser diputados á las militares.

Alarmado unas veces al parlamento, inspirándole otras veces confianza y aprecio, sosteniendo siempre el cariño del soldado y haciéndose mirar de todos como el protector de la libertad, y el defensor de las leyes, llegó el astuto Cromwell á la dominación á que aspiraba.

Alarmado Fairfax con la institucion de los procuradores, por cuyo medio se atraia Cromwell el gobierno del ejército, presentó su dimision al parlamento. Fluctuando este entre el temor del paso avanzado de

de sus hechos, le manifestó espusiese para satisfacción del país el estado del ejército. Nunca hizo tan buen uso, ni arrebató tanto su elocuencia. Tanto inflamó los espíritus con la pintura que hizo de los grandes obstáculos vencidos á costa de su sangre derramada, y aparentó tanta modestia y sumision al parlamento, que por unanimidad se declara que Cromwell habia prestado á la patria, á la religion y á las leyes, un servicio que jamás se borraria del corazón de los ingleses.

Impacientes las tropas y el pueblo que le esperaban á la puerta, y cuyos gritos, demandándole, interrumpian á cada paso la sesion, tuvo precision de salir y disipar sus temores, siendo conducido en triunfo.

Para mejor conocer las raras cualidades de Cromwell, será bien citar un hecho que las realza. Afecto, por serlo la suya, á las mugeres espirituales y de atractivos, halló una tan artificiosa como intrépida en Akata, muger del mayor Lambert. Segura la de Cromwell de la estimacion de su marido, y de volverle cuando quisiera á sus brazos, toleró estas relaciones, á que se opuso en vano el Mayor, destinado á otro punto. Una ordenanza que arrancó al parlamento Cromwell impidió á Lambert llevar á Akata; y otra le obligó á reconocer por hijo al que esta tuvo en su ausencia. Cediendo á la prepotencia de Cromwell, el Mayor le suplicó fuese padrino de una hija que dió á luz su muger, siendo este el principio de la elevacion de aquel.

El conde de Holland, dotado de las cualidades que mas aprecian las mugeres, se hizo querer de Akata, que no rompió por eso con Cromwell.

Por su medio supo el conde, partidario despues del rey, secretos importantes. Sospechó Cromwell la trai-

Cromwell, y la necesidad de contemporizar y conservar un hombre necesario, no la admitió, exhortándole, despues de manifestarle su aprecio, á que continuase sus servicios.

Cromwell entonces se propuso disipar los celos del parlamento, y le pidió audiencia. Tantas protestas hizo de la sinceridad de sus intenciones, de su desinterés y abnegacion, de su respeto á las cámaras, y ponderó tanto la precision y conveniencia de su union con el ejército, por unos mismos los intereses, y de que armonizasen las tropas, el parlamento y el pueblo, que ganó de nuevo á los cuerpos legisladores, á cuya fuerza y prestigio parecia consagrado.

Dueño así del parlamento y del pueblo, á quienes conducia, como al ejército, por la senda que les trazara, valióse tambien de la religion y la hizo concurrir á sus siniestros fines ligándola diestramente con la política.

En un mes ganó una batalla, tomó una ciudad, cambió la faz del ejército que hizo suyo, reconquistó la confianza del parlamento, y hasta hizo servir su amor á su ambición.

Sin esperanza el rey, publicó un manifiesto tomando á Dios por testigo de no haber provocado los males que afligian á la nacion, y protestando que el amor á su pueblo le haria siempre preferir una paz sincera al triunfo que podría esperar de la justicia [de su causa].

No hizo aprecio el parlamento de esta invitacion á un arreglo, y se desprendió de su jurisdiccion civil y criminal en último recurso sobre el ejército en favor del consejo de guerra.

Habiale prometido Cromwell dar el último golpe á la causa de los realistas así que asomase la primavera.

Un tanto rehecho el rey, avanzaba, y para deshacerle y apresarle, dijo á la muger de Lambert que iba á Escocia á batir á Montrose. Escribió esta al conde de Holland, y tomó el rey las medidas consiguientes.

Para sorprender al rey, Cromwell tomó solamente la caballería y dos piezas. Acercábase en socorro de Carlos el príncipe Robert, con 3,000 infantes y 3,000 caballos, y le salió Cromwell al encuentro, fiando al intrépido procurador Joyce, con 50 que se le ofrecieron, la empresa aventurada de apoderarse del rey, que huý disfrazado por una puerta oculta, gracias á su ayuda de cámara Barleton que puso fuego á la estancia, y á la lealtad de los habitantes de Naesbi, que acudieron presurosos al primer grito de alarma.

Poco despues de este suceso, y á poca distancia, Cromwell atacó con su acostumbrada impetuosidad las huestes contrarias, que derrotó completamente, quedando fuera de combate los príncipes Roberto y Mauricio que las mandaban. Hasta los papeles del rey cayeron en su poder, y fueron leídos en pleno parlamento.

Incausable la mala suerte del rey, todavía perdió otros 4,000 infantes y 2,000 caballos que le venían, y el arzobispo de York que todo se lo debía, no solo le negó un asilo al príncipe de Gales, su hijo, sino que le avisó á Cromwell, teniendo por fin su padre el consuelo de verle partir para Francia.

Sin recurso el rey, y á punto de ser sitiado Oxford, se echó en brazos de los escoceses, que reconocidos á esta honrosa confianza, le recibieron con respeto. Llegado á Southwal en traje de criado, vino á su encuentro el general Lesley, y de rodillas le entregó su espada, que le devolvió Carlos diciendo: «Yo me confío á la lealtad de vuestra nación y de vuestra espada y fué acompañado á Newcastle, donde fué recibido con todos los honores debidos á su rango.

El parlamento, instigado por Cromwell, declaró que el rey en el mero hecho de salir de Inglaterra habia abdicado la corona, á que ningún derecho conservaba. Poco despues abolió la monarquía, hizo borrar de todos los monumentos públicos el nombre de Carlos y destruir todos los signos de su soberanía, colocando en el lugar que ocupaba la estatua en la bolsa la siguiente inscripción latina: «Carlos, último rey y primer tirano, dejó la Inglaterra el año de gracia 1645, y el primero de la libertad de la nación.»

Así Cromwell acostumbraba al pueblo á tener en menos la persona de Carlos.

En medio de todos los honores que los escoceses le tributaban, era mas bien que su rey su prisionero. En vano Montrose, á quien nombró generalísimo, empleó en su favor su poderosa influencia: en vano hizo que los principales señores del reino le jurasen fidelidad.

El parlamento de Escocia pidió al rey ordenase á Montrose disolviese por innecesario y costoso el ejército. Lesley apuraba al monarca, que cedió al fin á instancias que tenían toda la traza de violencia. Sorprendido Montrose, quiso antes de poner en ejecución la orden, asegurarse de su existencia, y envió dos comisionados que no pudieron hablar al rey á solas, y les reiteró su voluntad de palabra y por escrito. Montrose reunió en consejo á sus oficiales, y se acordó que no estando libre el rey, no era su mandato espontáneo, y no debía ser obedecido por peligroso. Montrose fué el único que se opuso manifestando que no era de las atribuciones del consejo tal calificación, y que debía ser el rey obedecido; y fué á servir al emperador.

Debilitado hasta lo sumo el partido del rey en Escocia por la debilidad de Carlos, causa de la retirada de Montrose, pudo el parlamento obrar libremente, y deliberó qué haria de su persona. Retenerle prisionero era agravar la ignominia de que se habia cargado cuando le aseguró la libertad al confiarse á su nobleza, causar grandes gastos, y esponerse á una guerra con los ingleses que miraban como una alreña hecha á su hidalguía la confianza del rey en los escoceses. Entregarlo á su furor, era una imagen del deicidio. Exigir su rescate, era un atentado, toda vez que no era su prisionero. Este atentado consumió, sin embargo, la Escocia vendiendo á su rey por dos millones, con la condicion de tratarle como tal. Despues de haberle degradado tan injustamente, todo lo pudieron prometer impunemente los ingleses.

Al saber el infortunado Carlos la accion indigna que deshonró á la nacion escocesa, se felicitó de estar en poder de los ingleses que le habian comprado, á seguir en el de los escoceses que le habian vendido. La historia cuenta regocijados, mas no un hecho semejante.

No quiso el parlamento que Carlos estuviese en poder del ejército, y Cromwell y los procuradores se opusieron. En tanto, estrechamente incomunicado, compuso una obra titulada «Retrato del rey de la Gran Bretaña en su desgracia, sus meditaciones, sus deseos, y sus últimos votos,» que dedicó á su hijo. Dos proposiciones hizo despues al parlamento: vivir en Westminster recibiendo antes las cámaras con los honores debidos á su dignidad, y una amnistía general. La respuesta fué que no admitiria otra proposición, que no le reconocia como rey, y que no habia tomado las armas para eso.

Quejáronse las escoceses de la violación del tratado, y Fairfax, que le habia suscrito, sostuvo su querrela. Deseoso Cromwell de darle una satisfaccion aparente, hizo que Carlos tocase bajo una tienda en medio del ejército los enfermos atacados de lampanones, acto en aquellos tiempos inherente á la soberanía. Con desagrado de Cromwell, que nada te-

nia de preocupado, consideró el parlamento supersticiosa esta ceremonia, y prohibió á los ingleses reconocer al príncipe para nada, despojado como habia sido de la autoridad real.

No viendo Carlos término á su prision, y peor de dia en dia su estado, se determinó á dar carta blanca al parlamento prometiendo aceptar las condiciones que se le impusiesen. En vista las cámaras de esta propuesta, dieron orden á Fairfax trajese á Londres al príncipe. Sábela Cromwell, y alarma al ejército, haciéndole comprender que el resultado de la negociacion entre Carlos y el parlamento seria ajustar la paz, en cuyo caso seria licenciado por inútil. Y el rey fué retenido á pesar de las cámaras, y de Fairfax, que constituido ante ellas hizo dimision de su cargo al ver que no era él el general sino Cromwell. En vano intentaron disuadirle de su propósito, previendo que iban á ser la victima del astuto y ambicioso Cromwell.

A la noticia de la renuncia de Fairfax, congrega Cromwell á sus oficiales mas adictos, y les hace presente que va el parlamento á nombrar un generalísimo de su devocion para dominar al ejército, y con él al pueblo. Debiéndoselo todo, y esperando mucho de Cromwell, juranle no reconocer á otro, y le conducen á sus soldados, gritando: *viva Milord, nuestro generalísimo*, cuyas palabras repiten estos con frenético entusiasmo.

Considerándose generalísimo, y sin hacer caso del parlamento, toma el título de milord, y reorganiza el ejército. No pudiéndole despojar las cámaras de este cargo, tratan de temporizar, confirmandoselo, y enviándole una comision de su seno, que le colmó de elogios, y aplaudió el celo del ejército, sin conseguir por eso que condujese al rey á Londres, á pretexto de prevenir desórdenes posibles y perjudiciales al comercio. Al fin; motu proprio, se vino á 20 leguas de la capital, á un castillo que por su posicion escogió para impedir la evasion de Carlos, estrechamente incomunicado, é insultado por sus guardadores.

Irritado el parlamento, amenazó un rompimiento exigiendo se diese al rey un trato razonable, y á la vez se ocupó de levantar fuerzas y de fortificar la poblacion y sus avenidas.

Retíranse al ejército los miembros del parlamento adictos á Cromwell, y viendo este que Londres habia causa comun con las cámaras y pedia se negociase con el rey, se aproxima con las tropas por intimidar; y con el fin de acallar á la vez el clamor general, y de que se le agradeciese lo que voluntariamente hacia y lo que dejaba de hacer, conduce á Carlos á un palacio real á orillas del Támesis, á cinco leguas de Londres, permitiéndole la compañía de sus hijos, á quienes dió libertad el parlamento, y recibir visitas de todos.

Restablecida de este modo y por arteras deferencias de Cromwell la armonía entre el ejército y el parlamento, no tardaron sus intrigas en hacerle mas y mas sospechoso de elevarse solo sobre las ruinas de la monarquía; y creyendo necesaria su presencia, fué á Londres con su regimiento. Recibido con inequívocas demostraciones de aprecio, procuró conciliarse la benevolencia del parlamento.

Poco satisfecho de su discurso, apeló á un medio infernal para que fracasasen los tratos con el rey, y hacerse mas necesario al parlamento. Dejó escapar al rey, pero con tal felonía, que hizo que fuese á la isla de Wight, cuyo gobernador era el hombre que necesitaba para inducir á aquel escitase secretamente á los suyos para libertarle enteramente. Así fué, y en la presteza con que el duque de Buringham, el conde de Petersborough y el conde de Holland en Inglaterra, y el marqués de Hamilton y el conde de Aran en Escocia se levantaron, se felicitó Cromwell de su obra, que quiso mas y mas afirmar dando á los sublevados la importancia de la victoria. Los tres primeros encuentros fueron favorables á los del rey, porque así plugo á Cromwell.

Asustado el parlamento con la tercer derrota, á seis leguas del sitio de sus sesiones, y llegadas las cosas al punto que queria y habia dispuesto Cromwell, se confió á el ciegamente. Destruyó entonces á los realistas en San Neods, que le mataron cinco caballos, y á quienes mató de su mano trece oficiales. Tras esta batalla, que costó quinientos hombres á los parlamentarios, Cromwell, que no era de los generales que no saben aprovechar la victoria, hizo seguir sin descanso al conde de Holland, que huía con los restos de los realistas, y les acabó, cayendo este prisionero (1).

Dotado Cromwell de genio extraordinario preparaba y conducia los sucesos á su voluntad. La vida de Carlos, su vigilado prisionero, estorbaba á su dominacion, y se propuso prevenir contra su existencia la opinion, presentándole bajo las mas odiosas formas, y creándole dificultades para un acomodamiento.

El parlamento comprendió sus designios, contra los que no pudo ir abiertamente, guardándole por lo mismo miramientos, que ya escaseaba Cromwell.

Frustrada una tentativa de evasion del rey, le trasladó Cromwell á otro punto.

Abrumados ya los parlamentarios con el peso de la tiranía de Cromwell, dueño absoluto del ejército y del rey, negociaron con este secretamente. Atendida la posicion de Carlos, ventajosas le eran las condiciones á que debia suscribir para volver á reinar. Descubierta por Cromwell este trato, rugió de cólera, y mal lo habria pasado el parlamento á no contenerle Ireton. Reune al consejo de guerra y procuradores,

le instruye del caso, y tal les pinta el parlamento su ambicion contrariada, en su fogosa y vehemente palabra, y en la irritacion que le animaba, que todos convienen á una en que el solo medio de poner al abrigo la religion y el estado era encausar al rey.

Con este apoyo, Cromwell dirige á las cámaras una representacion en solicitud de que se enjuiciase al rey y á cuantos hubiesen promovido revueltas y osasen turbar el reposo público; de que se aplicasen á las mas urgentes necesidades las rentas del patrimonio real; de que se crease una cámara perpétua de diputados elegidos por el pueblo para gobernar el Estado en unibn del rey, que seria elegido por esta cámara, y juraria reconocer superior á la suya la soberanía del pueblo, necesitando el consentimiento del parlamento para indultar.

Indignado el parlamento, arrojó al fuego este papel atrevido.

Desbordado Cromwell viene sobre Londres, y despidiendo á la comision que le envia el parlamento, suplicándole se detenga para evitar el levantamiento de la capital, diciendo que la custodia del rey exigia su traslacion segun el consejo de guerra. El 22 de noviembre de 1648 aloja las tropas en los arrabales. Al dia inmediato el parlamento se reune como de ordinario, y 1,200 infantes escogidos por Cromwell se posesionan del palacio de Westminster, desalojando los paisanos que le guardan.

En vano protestan algunos diputados contra tanta violencia: atropellando á los ugieres, entran en el salon de sesiones dos oficiales, y sin hacer reverence leen la comision que traen del consejo de guerra para llevarse para ser juzgados por el mismo cuarenta y un diputados presentes. De nada sirvió á la cámara invocar su inmunidad y representacion. Temerosa de sangrientas violencias, rogó á los comprendidos en la lista siguiesen de suyo á los oficiales, prometiendo les no ceder hasta conseguir su libertad, como la alcanzarán á costa de su destierro por diez años.

Aterrados con tan atrevido golpe, los mas de los representantes huyeron de Londres, quedando de 63 que componian ambas cámaras, 15, de los cuales 68 eran afectos á Cromwell, y los restantes, traspuestos cargados de deudas, y al abrigo de sus acreedores causa de su cargo. Unos y otros eran, pues, instrumento ciego de Cromwell. He aqui el parlamento que juzgó al rey.

Los diputados que se retiraron á sus provincias hicieron publicar un manifiesto en que las villas que les habian elegido, despues de clamar sentidamente contra la manera infamante y brutal con que habian sido tratados sus representantes, declararon disueltos á viva fuerza el parlamento, y protestando contra cuanto hiciese el corto número de diputados que la tiranía del ejército retenia. A su vez estos declararon sedicioso el manifiesto, y rebeldes á sus autores.

No se inquietó Cromwell por la escasez de diputados, manejados así á su desseo, y se apresuró á asesinar á su rey, constituyendo el dia de Natividad precisamente una especie de tribunal compuesto de diputados y oficiales del ejército, por mitad. Inútilmente se le hizo notar que en dia tan solemne vacaban los tribunales. En los negocios de Dios y de la religion no habia fiestas, contestó, ordenando un ayuno solemne en todo el reino, á fin, dijo el impío, de que iluminase Dios á los jueces y juzgasen sin pasion. A la vez que esto hacia, compró á multitud de sacerdotes, que predicaron furiosamente contra la monarquía y el rey, presentando á Cromwell como el ángel tutelar de la libertad del pueblo y del gobierno republicano.

Fijó para el 20 de enero la primera sesion del tribunal, en la que podrian hablar con entera libertad cuantos tuviesen alguna queja de Carlos Estuardo. Muchos de los elegidos para jueces rehusaron, acusándose la persecucion del que habia jurado fidelidad y obediencia al rey.

Llegado el dia 20, reuniéronse los asesinos de Carlos en Westminster. Nadie le saludó al entrar, y se sentó en un silló cualquiera, designado de antemano. Estos ultrajes alentaron á la multitud desenfrenada que llenaba el salon á gritar, «justicia, justicia contra Carlos Estuardo que se ha ligado con los papistas para perder nuestra libertad y nuestra religion.» Pasando tranquilo su vista sobre aquel insolente populacho, el rey se elevó á la mayor altura.

El escribano leyó el acta de ereccion del tribunal para juzgar á Carlos Estuardo. Sobre una mesa estaban en una caja los documentos del proceso, de donde les sacaba á petición de los jueces, leyéndose lo que cualquiera del público deseaba oír. Durante la inícuo y parcial procedimiento, cásese al rey una caña que tenia en la mano, y nadie hizo siquiera demostracion de levantarla. El mismo Cromwell no pudo menos de indignarse por tan marcado desprecio.

Dirigiéndose despues el presidente le habló en estos términos. «Carlos Estuardo, rey antes de esta pais, los Comunes sienten infinito vuestra desgracia acusado como sois de haber sumido á Inglaterra en un abismo de males. Se han creído por esto en el deber de crear este tribunal soberano para juzgar como crea justo los crímenes de que se os hace cargo.»

Apenas pronunció estas lacónicas palabras, un hombre generoso, Colburn, «¿Qué manera de juzgar es esta, exclamó, y qué va á ser de nuestra nacion, el oprobio de todas? Se llama simplemente al rey, Carlos Estuardo. ¿Y quién ha quitado á este príncipe un reinado?»

(1) Poco despues Cromwell le hizo degollar en un cadalso.

que Dios le ha dado, y en que le ha confirmado el juramento de los pueblos? ¿Por qué tan injusto, tan pe-
ligroso proceder? ¿Antes de encausar al rey, antes de
tenerte por criminal, y sin saber cuál será el resulta-
do del proceso contra su persona, se comienza por
quitarle el título de rey, después de haberle quitado
el cetro? Es decir que se principia un pretendido acto
de justicia por una injusticia la mas atroz, por des-
preciar las leyes.» A pesar de la declaración de Crom-
well, los que se hallaban cerca de este súbdito leal se
arrojaron sobre él, y escapó inesperadamente de sus
manos, gracias á la libertad que se consiguó de que
ellos podrían emitir en aquel acto su opinion.

Sossegado el tumulto que provocó esta escena, le-
vantose el procurador general y dijo al presidente: «Que
acusaba á Carlos Estuardo, allí presente, en nombre
de los comunes que representaban al pueblo, de alta
traición, y de otros crímenes que no pudo enumerar
porque la canalla de la devoción de Cromwell, anima-
da por el gesto de este, gritó mas alto que la otra vez:
¿justicia? ¿justicia contra el traidor!» Acallados los al-
borotadores á instancia del presidente, quiso hablar el
rey, mas aquel se lo impidió imponiéndole silencio, y
mandándole oyes los cargos. Reducianse estos á ar-
bitrariedades infringiendo el juramento de gobernar
según las leyes, y tratando para ello de que entrasen
tropas extranjeras: á su opresión á las cámaras: á su
resolución á restablecer el papismo, y destruir la igle-
sia anglicana: á haber dispuesto el degüello de los
protestantes en Irlanda, y apoyado secretamente la
rebelión de este país: y á ser, por último, la principal
causa de toda la sangre que se habia derramado en
los diez años anteriores, existiendo pruebas suficientes
para convencerle de haber sido traidor y tirano, asesino
de su pueblo, y enemigo declarado de su patria.»

No bien se habian alegado estos cargos, cuando
el conde Colburne: «Que el cargo de opresión á las cá-
maras, exclamó denodado, era evidentemente injusto;
que quien las habia destruido eran los acusadores de
la magestad reduciendo el parlamento á sola una cá-
mara, representada por una minoría insignificante: que
siendo indispensable la otra cámara, el procedimiento
era de por sí base, pues que no habia concurrido á él
la de los lores.» En medio de la impresion que causó
esta manifestación, tuvo que callar y escaparse su au-
tor, lleno de golpes y de injurias.

Obtenida la palabra, el rey alegó desde luego la
incompetencia del tribunal ante el que se le arrastra-
ba, y protestó su inocencia. Replicóle el presidente, y
le rebatió el rey fácilmente, terminando aquel por de-
cir que el tribunal debía su origen al pueblo que le
habia elegido rey. A mañana ignorancia no pudo me-
nos de sonreírse el rey, y le dijo: *Que un presidente
debía al menos saber que una corona hereditaria de
mil años, no podía llamarse electiva. Que por lo de-
mas, era una violación inexcusable de todos los prin-
cípios de derecho ser citado ante personas sin otra
autoridad sobre él que la que se abrogan los bandole-
ros sobre los caminantes que oacen en sus manos. Es-
tas palabras inesperadas llenaron de confusión á sus
enemigos, y nadie supo contestarlas. En este embar-
ra, Cromwell habla al presidente al oído, y se levanta
este para decir al rey que el tribunal le vuelve á la
prisión, y que pensase lo que hubiese de decir por úl-
tima vez en la audiencia inmediata. Que ellos pensa-
ban que eran sus súbditos, y él su soberano, fueron las
dignas palabras con que puso digno término á aquella
audiencia el príncipe infortunado.*

Este combate tan desigual de la razon probaba cla-
ramente de qué parte estaba la justicia, y tambien
anunciaba el sangriento desenlace de aquel drama.

Conducido el rey sin respeto, un presbiteriano se
arrojó á escupirle al rostro, llamándole traidor y ase-
sino. Tranquilo, se le limpió, y dijo con dulzura: *que
se contemplaba dichoso en haber sufrido el ultraje in-
ferido al Salvador del mundo.*

Sin límites la ira de los jueces, comparados á los
ladrones de camino, y ante sus ojos la enormidad de
su crimen, hacíaseles tarde el momento de la ven-
ganza, y se reunieron al segundo día. El rey insistió en
la incompetencia del tribunal. El presidente, de an-
tes preparado, quiso lucirse á costa del rey, y pe-
ro estuvo menos desgraciado que la otra vez, pues
que asegurando que siempre habian respondido sus
predecesores ante la cámara de los comunes, le in-
terrogó al rey á que citase un solo caso. Sin poder salir de
aquella mala paza en que, torpe, se habia colocado, Crom-
well vino á su socorro, y cortó la dificultad diciendo
que eran inútiles tales cuestiones, y que el tribunal
no perdería en ellas el tiempo. Repuesto un tanto de
su vergüenza, dió á leer el presidente al escribano un
apel concebido en estos términos: «Carlos Estuardo,
el pueblo os acusa de traición y otros crímenes: el
tribunal os manda contesteis.» «Que estaba pronto á
justificarse, dijo el rey, siempre que viese autoridad
en el tribunal para juzgarle.» Iba á proseguir, cuando
el presidente, á una señal de Cromwell, le interrumpió,
y dió por terminada la sesion.

A la mañana siguiente, se reunió de nuevo el tri-
bunal, y de nuevo fué llevado el rey, siempre á pie.
Comprendiendo su peligro, oreyó que debía justificarse,
é interrogado, dijo que nada mas fácil que sin-
cerarse de haber sido el autor de la guerra civil, no ha-
biéndola emprendido sino en legítima defensa, sin sa-
berse jamás de los límites de esta. Y lo probó com-
pletamente. En cuanto á la disolución reiterada del
parlamento, invocó su prerrogativa, de que se vió
precisado á hacer uso por la hostilidad de la cá-

mara, á quien tanto habia procurado complacer,
demostrando que no es posible el gobierno sin ar-
monizar entre sí los poderes. Que la cámara de los
comunes no tenia derecho de erigir un tribunal,
fué otro de sus temas. Después de largo tiempo
en el uso de la palabra, hizo para seguir una pausa,
y el presidente sin darle á ello lugar: *Bien veis, seño-
res, dijo, que de todos los cargos capitales contra
Carlos Estuardo, solo ha contestado al de la guerra,
acreditando su silencio respecto á los demas la falta
de razones con que disculparse.—Es culpable, es cul-
pable, gritó insensata la multitud, que muera.*

Controviada la muger de Fairfax, dijo que la am-
bicion de Cromwell exigia la muerte de Carlos; que la
turba insolente que gritaba eran mercenarios vendidos
á Cromwell. Gracias á la posición de su marido,
fué respetada, y Cromwell sin inmutarse: *una malta,*
dijo en italiano, esto es, una loca, y se levantó la sesion.

La muger del presidente y de otro juez, se esfor-
zaron por salvar al rey, y en tanto Cromwell nada es-
cusó por perderle, desplegando todos los recursos de
su refinada hipocresía, y de su grande arte de disimular.
No escaseó los suspiros ni las lágrimas, lle-
gando á decir que tomaba á Dios por testigo del do-
lor que le causaba ver á un rey en manos de un ver-
dugo, pero que el interés de la religion y la salud de
tantos pueblos, eran primero que la vida de un hom-
bre. Dueño absoluto de la voluntad de casi todos los
jueces, sostenia que no era posible afirmar el orden,
sin dar al parlamento toda la autoridad, lo cual se-
ria un contrasentido viviendo el rey, y un manantial
perenne de trastornos.

Por cuarta y última vez, fué llevado el rey á pre-
sencia de sus asesinos, y al verles con toga encarna-
da, ya no pudo dudar que iba á ser aquel día conde-
nado á muerte. Firme, como los dias anteriores, pi-
dió hablar á los diputados antes que se pronunciase
un fallo que podria traer graves males á la generacion
presente y á las venideras. Sorprendido el presiden-
te de esta demanda, se dirigió á Cromwell para que le
sacase del atolladero. Instruido por este, se la denegó,
por carecer de facultad para concedérsela, por
ser un medio de eludir el juicio, y porque serian inú-
tiles cuantas tentativas hiciese cerca de la cámara
de los comunes, porque ella habia formado el tribu-
nal, facultándole para juzgarle sin demora. Mas y mas
estrechado, invocó el rey las leyes fundamentales de
su nacion, que prohibian enjuiciar al soberano en todo
caso, y citó mas de uno: *No es que me recuerda la
conciencia de haber hecho mal alguno á mis súbditos,
si se exceptúa el consentimiento que me arrancó el
parlamento para que muriese el virey de Irlanda, si-
no porque veais que si yo fuese culpable de todos los
crímenes que me imputais, el derecho de gentes y la
jurisprudencia de Inglaterra no me obligarian á dar
cuenta de ellos sino á Dios.*

No habló mas, y el presidente, aconsejándose de
Cromwell, le dijo que interpretaba mal las leyes, lle-
gando á esponer que por consideración que mereciese
la sangre de un rey, no se debía economizar en daño
público.

Sin desconcertarse el rey, hizo patente que solo á
él le pertenecía el derecho de juzgar, pues que según
los términos de convocación, la cámara de los lores
no tenia mas facultad que la de proponer, y la de los
comunes la de aprobar. Impaciente Cromwell, y á vi-
sta del giro peligroso de aquel debate, dijo al oído al
presidente le diese por terminado, y se retiraron á
votar los comisarios. Todas las hechuras de Cromwell
que como un energúmeno abogó por la muerte de su
rey, siguieron, en número de 43, su opinion, y 23 le
sentenciaron á prision perpétua. El resto hasta 80, que
no se prostituyó á Cromwell, ni asistió á la votación
ni á la cámara. Los demas ocupan de nuevo sus asien-
tos, y el presidente dirigiéndose al rey, le predica apo-
yándose en varios parages de la Escritura sobre la ne-
cesidad indispensable en que están todos los hombres,
inclusos los soberanos, de comparecer ante el tribunal
de Dios, y de ser allí juzgados con toda la severidad
de la mas cabal justicia, y ordena al escribano lea la
sentencia que se acaba de dictar.

«Que acusado Carlos Estuardo por el pueblo de ti-
ranía, traición, asesinato, y malversacion durante su
reinado, y obstinado en su silencio sobre la mayor
parte de los crímenes de que se le hacia cargo, era por
ello condenado á sufrir la muerte en virtud de la se-
paración de su cabeza del cuerpo.»

Como si estuviera penetrado de un intenso dolor,
no abandonó Cromwell su hipocresía, aplicándose á los
ojos el pañuelo mientras se leia la sentencia, como si
tratase de enjugar lágrimas que tan distante estaba
de verter.

Acogido por muchos espectadores con murmullos
de indignacion y de horror, las señoras no pudieron
contenerse. *El rey muere inocente,* exclamó dirigién-
dose al tribunal la muger de Fairfax, y *sufrirá muy
poco, en tanto que vos ireis mientras vivais cargados
con la execración de todos los buenos por jueces in-
icuos.* Otra muger de un juez, dijo que *se condenaba á
muerte á un rey inocente para sustituirle un tirano.*
El populacho, en tanto, embriagado del furor que
Cromwell le habia inspirado, voceaba: *Que muera el
tirano, que muera el papista.*

El rey hizo cuanto pudo por interesar en su favor á
los jueces instándoles conmovido por hablar á la cá-
mara, y apelando á sus sentimientos religiosos, pero
en vano; levántase Cromwell, y le siguen.

Al dia inmediato, 28 de enero de 1649, se le permitió
despedirse de sus hijos, la princesa Isabel y el príncipe
Glocester. Nada mas tierno y desgarrador que esta
escena. Después de colmarles de caricias, y de felicitar
á aquella por cumplir aquel dia 13 años, la recomen-
dó dos cosas: que asegurase á su madre que moria con-
servándola el mismo cariño que la habia tenido hasta
entonces, y que manifestase al duque de York su her-
mano, que tuviese al príncipe de Gales por su rey.
Y sentando al joven Enrique sobre sus rodillas, «Hijo-
mío, le dijo, en breve moriré: si mis enemigos te acle-
masen rey, no aceptes la corona mientras vivan tus
hermanos mayores.—No, querido papá, no, estad se-
guro; y de que antes me dejaré matar que llevar una
corona que antes pertenece á mis hermanos.»

Separado de estos objetos que ponian á dura prue-
ba su firmeza, fué tratado como no lo habria sido
en su caso el malvado mas insignie. La soldadesca fe-
roz que le guardaba no le permitió un momento de
reposo con sus risas feroces, con su cinica alegría, con
sus cantares alusivos; y delante de las ventanas de su
prision se aderezó el tablado. El horrible martilleo de
aquella noche, es un borron repugnante en la historia
de Inglaterra.

Resiguado en medio de tanta mortificación con su
suerte, solo se curó de morir como cristiano, asistido
desde su llegada á Londres por el obispo, que habia
pedido, y fué su capellan.

Llega el martes 30, y consagrado todo á Dios, á
nadie recibe por no distraerse. Suena la hora fatal, y
sale á pie acompañado del obispo. Sube tranquilo al
tablado cubierto de negro, saluda cortesmente á la
concurcencia, y viendo á Cromwell asomado á una
ventana, dice al obispo al oído: «He allí al autor de
mi muerte, y sin embargo, se hará recaer sobre mi
patria este crimen.» Y dirigiéndose á los espectadores:
*Al querido pueblo, dijo, con el sombrero debajo
del brazo, si no hablase en este momento solemne, mis
enemigos traducirian mi silencio por una confesion
de los crímenes que se me imputan. Debo por otra
parte á mi honor, á mis súbditos, y á la gloria de
Dios, justificarme.*

Uno de los de Cromwell, encargado de apresurar
la ejecucion, le ruega sea corto, y prometiéndole no
ser largo, dice así:

«Pongo á Dios por testigo de que estoy inocente
de los delitos de que se me acusa, y de que no he que-
rido atentar á los derechos del parlamento. No he sido
el primero á tomar las armas, y si he apelado á este
medio extremo, ha sido despues que de él se ha valido
contra mí el parlamento. Así consta en las mismas
actas de las cámaras, así es público y notorio.

«Estoy sin embargo persuadido de que la muerte
que voy á sufrir es castigo merecido de mi debilidad
por la muerte del virey de Irlanda, por mas que la
pena que me aguarda sea la mas injusta posible.

«Como he recibido los ultrajes de mis enemigos,
podeis saberlo de este hombre de bien (el obispo de
Londres). Perdono á todos sinceramente, y ruego fer-
vientemente al Eterno que derrame sobre mis enemi-
gos un verdadero arrepentimiento y un horror salu-
dable de los crímenes que han cometido, del que van
á cometer en mi persona.

«Aunque estoy á punto de morir, me preocupa el
bienestar de mi pueblo. Por desgracia, el camino por
que se le dirige, no es á propósito para su felicidad.
El único medio de conquistarla, es dar á Dios, al rey,
y al pueblo lo que les pertenece. Dariais á Dios lo que
le debeis, restableciendo su culto en toda su pureza,
ahogando las divisiones de la iglesia, y haciendo impe-
rar en ella el orden, la paz y la union, según los pre-
ceptos del Evangelio, lo cual en mi concepto se logra-
ria convocando un sinodo nacional. Dariais al rey lo
que es suyo (me refiero al que me suceda), colocán-
dole sobre el trono con toda la autoridad que le dan
nuestras antiguas y venerandas leyes. Dariais en
fin, al pueblo lo que le es propio, defendiendo sus
libertades, no sobreponiéndole á la corona y ponién-
do el cetro en sus manos; haciendo respetar las leyes,
que consagran sus derechos y sus obligaciones. Por el
desprecio de estos deberes voy á ser sacrificado sin
habérseme permitido la defensa.»

Mientras que hablaba observó que un indiscreto
andaba con el hacha, cubierta de un crespon negro.
Cuidado con el hacha, dijo con presencia de ánimo ad-
mirable, *no sea que se inutilice.*

Por último, elevando cuanto pudo la voz, declaró
que moria en la comunión y en la fé de la iglesia an-
glicana, en la cual habia vivido como sus padres.

Se quitó el manto, y alargando al obispo el cordon
azul, acordacs, le dijo, de enviar este cordon al príncipe
de Gales; y volviéndose á los que le acompañaban:
*Mi causa es santa y Dios infinitamente misericordio-
so, les dice, dejo por tanto sin pena una corona
mundana por otra que jamás desmerecerá.*

Quitase el jubon, prepara su cuello para presentarle
al verdugo enmascarado (no era el de oficio) y acer-
cándosele, le encarga que le desmpeñe bien. Después
de una corta plegaria, pone la cabeza sobre el tajo, y es
separada de un golpe.

Así murió Carlos, rey de Inglaterra, grande en la
humillacion, criado en la grandeza.

Sobrio y casto en extremo, fué la clemencia una
de las virtudes de este príncipe intrépido é ilustrado.
Cromwell, bajo el título de protector de Inglaterra,
y rehusando el de rey, gobernó con formas repu-
blicas y sin igual despotismo.

MOSAICO.

ARDIDES CONTRABANDISTAS. ¿Quién es capaz de enumerar los ardidés de los contrabandistas? ¿Quién es capaz de apurar las ingeniosas combinaciones del contrabando que llaman por filtración ó en pequeñas partidas? Si los Pirineos, si los Alpes, si las fronteras de varios estados de Europa, si las puertas de las capitales donde se pagan derechos pudiesen hablar, sería cosa de hacernos cruces.—Se han encontrado paquetes de algodón hilados en masas artificiales de carbon de piedra, en ruedas de molino, en resmas de papel enteramente dispuestas, en las lanzas y armazon de los carruages y diligencias, en el pan de municion, en los panes de manteca.... Se han encontrado colchones rellenos de lana en los bordes y de randas en el centro, se han encontrado vejigas llenas de espiritu

mismo en mes y medio de observacion, siendo de notar que nunca habia visto la máquina de un reloj. Cuando proyectó el de Zorita tuvo presente otro, que es el que le ha servido de pauta y sobre el que ha hecho grandes mejoras.

CURIOSO CASO PARA LOS PROTECCIONISTAS. Los zapateros ingleses han hecho reclamaciones al Parlamento para que se prohiba la importacion de las botas y zapatos estrangeros por el perjuicio que les hace, y no faltan proteccionistas que protejan la solicitud, que sin la menor duda será desatendida, á pesar del patriótico celo de los que quisieran imponer una contribucion á 26 millones de habitantes á beneficio de una clase especial. Pero es curiosa la solicitud en este pais, y en esta época sobre todo, cuando la manufactura estranjerá de esta clase paga un derecho bastante crecido, y cuando toda la importacion no equivale ni á un par por cada cinco zapateros, de modo que todo el perjuicio, suponiéndolo cierto, equivale á una cosa insignificante. Pero tal es el prurito de los proteccionistas y

que desea, ¿qué es lo que quedaria para algunos?—Herder.

LA MULTA. La multa que deben pagar los hombre de bien que no quieren gobernarse, es que les gobierne un hombre peor.—Emerson.

YA SE DAGUERREOTIPAN LAS ESTRELLAS.—Leemos en el *Boston advertiser*:

«M. Bond, del observatorio de Cambridge, en los Estados Unidos, ha conseguido daguerreotipar la estrella Alpha Liræ, que no es visible á la simple vista. Para formarnos una idea de su distancia, podemos figurarnos un plano de 200.000,000 de millas de extension, que parece como un pequeño punto á un espectador colocado en la tierra, ó que la luz que se mueva á razon de 190,000 millas por segundo, necesite más de 20 años para atravesar el espacio, de lo que se sigue que el rayo de luz que hirió nuestra plancha daguerreotípica el martes último, salió de la estrella 20 años hace, es decir, antes que M. Daguerre hubiese hecho su admirable invencion.»

COSTUMBRES RUSAS.



Danza entre los pueblos de la Rusia menor.

de vino metidas en el barro de los cajones de sanguijuelas... Se han encontrado resortes de reloj, guantes de seda etc., debajo de la peluca de venerables ancianos, entre los pliegues de un vendaje herniario... Se han encontrado perros dogos cubiertos con pieles de perros de aguas y atestados de piezas de encages... Se han encontrado mugeres preñadas de géneros de ilícito comercio.

Los ardidés de los contrabandistas son innumerables. Entre el millon de casos que hemos oido contar, citaremos el que leimos en los periódicos estrangeros del mes de diciembre de 1841.

El martes antes de Navidad llegaron á Londres en un vapor, procedente de Escocia, trece gansos que venian destinados, como regalos de Pascuas, á varios individuos. Al ser examinados por un oficial de la aduana, encontrándolos extraordinariamente pesados, abrió uno de ellos y encontró dentro de él una botella de whisky escocés (licor fuerte), de una calidad tan superior, que le hizo abrir los restantes que estaban rellenos de lo mismo. En consecuencia los decomisó. Un gran número de cochinitos de leche han sido tambien decomisados por encontrarse llenos del mismo licor; y el sábado fueron atrapados treinta pavos holandeses rellenos de ginebra. Estos gansos y pavos de Escocia y Holanda contenian tanto whisky y ginebra, no con objeto de defraudar la renta, sino con el de ayudar á celebrar alegrementé la Pascua de Navidad.

UN ZAPATERO MAQUINISTA. En un pueblo de Zorita de la Frontera, á dos leguas de distancia de Peñaranda de Bracamonte, vive un pobre zapatero llamado Ramon Encinas, el cual sin mas instrumentos que dos limas y un mal compás ha hecho un reloj de hierro que ya está funcionando en la torre de dicho pueblo de Zorita. Este hombre, dotado de un talento especial para la maquinaria, no ha contado para su obra con mas instruccion que la adquirida por él

prohibicionistas duo in carne una, los cuales no toman en cuenta que de Inglaterra se esportan botas y zapatos en razon de diez á uno respecto á la importacion, ventaja que no lograria si la proteccion á los zapateros en las demas naciones produjese la exclusiva que aqui solicitan.

—Muchos periódicos de París habian anunciado que se estaba construyendo en Viena un coche para la coronacion del emperador de Austria. Esta noticia no es completamente exacta. No se está construyendo ningún coche nuevo, porque existe uno destinado á la coronacion de los soberanos de Austria, y es el que el emperador Carlos IV mandó construir para la coronacion de Maria Teresa, y que ha servido para las de los emperadores José II, Leopoldo II, Francisco I y Fernando I.

El único cambio que se trata de hacer en el mencionado coche es sustituir en corona del imperio de Austria la del imperio de Alemania, y construir un atalage nuevo para dos caballos, pues si llega á verificarse la coronacion del actual emperador, el coche llevará ocho caballos, como en la coronacion de Francisco José I, en lugar de los seis que llevaron para igual acto sus antecesores.

El coche destinado á la coronacion de los soberanos de Austria es de los mas hermosos que se conocen de este género en Europa. El dorado solo ha costado 1.800,000 reales; las pinturas que adornan la parte exterior son obras maestras clásicas debidas al pincel de Rubens y otros grandes maestros. El terciopelo carmesí con que está forrada la parte interior no ha perdido nada de su brillo primitivo á pesar de que cuenta ya dos siglos de fecha.

LOS DESEOS. Si los gatos tuviesen alas, no habria ningun gorrion en el aire. Si cada hombre tuviese lo

LOGOGRIFO.

ABCC

QUEDA
NS

aquel que — valor TI

LA SOLUCION EN EL NUMERO INMEDIATO.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior

SOBRE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm